

12486

de 19/10

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GACETA

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA MUERTE CIVIL,

DRAMA EN TRES ACTOS.

420

MADRID:
OFICINAS: PEZ, 40, 2.^o
1870.

L47 - 5897

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil.
 Amor de antesala.
 A belardo y Eloisa.
 Abnegacion y nobleza.
 Angela.
 Afectos de odio y amor.
 Arcanos del alma.
 Amar despues de la muerte.
 Al mejor cazador...
 Achaque quieren las cosas.
 Amor es sueño.
 A caza de cuervos.
 A caza de herencias.
 Amor, poder y pelucas.
 Amar por señas.
 A falta de pan...
 Articulo por articulo.
 Aventuras imperiales.
 Achaques matrimoniales.
 Andarse por las ramas.
 A pan y agua.
 Al Africa.
 Bonito viaje.
 Boadicea, *drama heroico*.
 Batalla de relias.
 Berta la lamenea.
 Barómetro conyugal.
 Bienes mal adquiridos.
 Bien vengas mal si vienes solo.
 Bondades y desventuras.
 Corregir al que yerra.
 Cañazares y Guevara.
 Cosas suyas.
 Calamidades.
 Como dos gotas de agua.
 Cuatro agravios y ninguno.
 Como se empena un marido!
 Con razon y sin razon.
 Como se rompen palabras.
 Conspirar con buena suerte.
 Chismes, parientes y amigos.
 Con el diablo á cuchilladas.
 Costumbres politicas.
 Contrastes.
 Catilina.
 Carlos IX y los Hugonotes.
 Carnioli.
 Candidito.
 Caprichos del corazon.
 Con canas y polleando.
 Culpa y castigo.
 Crisis matrimonial.
 Cristóbal Colon.
 Corregir al que yerra.
 Clementina.
 Con la música á otra parte.
 Dara y cruz.
 Dos sobrinos contra un tio.
 D. Primo Segundo y Quinto.
 Deudas de la conciencia.
 Don Sancho el Bravo.
 Don Bernardo de Cabrera.
 Dos artistas.
 Diana de San Roman.
 D. Tomás.
 De audaces es la fortuna.
 Dos hijos sin padre.
 Donde me nos se piensa...
 D. José, Pepe y Pepito.
 Dos mirlos blancos.
 Deudas de la honr.
 De la mano á la boca.
 Doble emboscada.
 El amor y la moda.
 Está local!

En mangas de camisa.
 El que no cae... resbala.
 El niño perdido.
 El querer y el rascar...
 El hombre negro.
 El fin de la novela.
 El filántropo.
 El hijo de tres padres.
 El último vals de Weber.
 El hongo y el mirriñaque.
 ¡Es una malva!
 Echar por el atajo.
 El cayo de los maridos.
 El oncenno no estorbar.
 El anillo del Rey.
 El caballero feudal.
 ¡Es un ángel!
 El 5 de agosto.
 El escondido y la tapada.
 El licenciado Vidriera.
 ¡En crisis!
 El Justicia de Aragon.
 El Monarca y el Judío.
 El rico y el pobre.
 El beso de Judas.
 El alma del Rey Garcia.
 El afan de tener novio.
 El juicio público.
 El sitio de Sebastopol.
 El todo por el todo.
 El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
 El que las da las toma.
 El camino de presidio.
 El honor y el dinero.
 El payaso.
 Este cuarto se alquila.
 Esposa y mártir.
 El pan de cada dia.
 El mestizo.
 El diablo en Amberes.
 El ciego.
 El protegido de las nubes.
 El marqués y el marquésito.
 El reloj de San Plácido.
 El bello ideal.
 El castigo de una falta.
 El estandar te español en las costas africanas.
 El conde de Montecristo.
 Elena, ó hermana y rival.
 Esperanza.
 El grito de la conciencia.
 ¡El autor! ¡El autor!
 El enemigo en casa.
 El último pichon.
 El literato por fuerza.
 El alma en un hilo.
 El acaalde de Pedroheras.
 Egoismo y honradez.
 El honor de la familia.
 El hijo del ahorcado.
 El dinero.
 El jorobado.
 El Diabolo.
 El Arte de ser feliz.
 El que no la corre antes...
 El loco por fuerza.
 El soplo del diablo.
 El pastelero de Paris.
 Furor parlamentario.
 Faltas juveniles.
 Francisco Pizarro.
 Pá en Dios.
 Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el

ahijado de todo el mundo.
 Genio y figura.
 Historia china.
 Hacer cuenta sin la huespada.
 Herencia de lágrimas.
 Institutos de Alarcón.
 Indicios vehementes.
 Isabel de Medicis.
 Ilusiones de la vida.
 Imperfecciones.
 Intrigas de torador.
 Ilusiones de la vida.
 Jaime el Barbuco.
 Juan Sin Tierra.
 Juan sin Pena.
 Jorge el artesano.
 Juan Diente.
 Los nerviosos.
 Los amantes de Chinelon.
 Lo mejor de los dados...
 Los dos sargentos españoles.
 Los dos inseparables.
 La pesadilla de un casero.
 La hija del rey Rene.
 Los extremos.
 Los dos huespedes.
 Los éxtasis... de Madrid.
 La posdata de una carta.
 La mosquita muerta.
 La hidrofobia.
 La cuenta del zapatero.
 Los quid pro quos.
 La Torre de Londres.
 Los amantes de Teruel.
 La verdad en el espejo.
 La banda de la Condesa.
 La esposa de Sancho el Bravo.
 La boda de Quevedo.
 La Creacion y el Diluvio.
 La gloria del arte.
 La Gitanilla... de Madrid.
 La Madre de San Fernando.
 Las flores de Don Juan.
 Las aparencias.
 Las guerras civiles.
 Lecciones de amor.
 Los maridos.
 La lámpida mortuoria.
 La bolsa y el bolsillo.
 La libertad de Florencia.
 La Archiduquesita.
 La escuela de los amigos.
 La escuela de los perdidos.
 La escala del poder.
 Las cuatro estaciones.
 La Providencia.
 Los tres banqueros.
 Las hermanas de la Caridad.
 La niña Iris.
 La dicha en el bien ajeno.
 La mujer del pueblo.
 Las bodas de Camacho.
 La cruz del misterio.
 Los pobres de Madrid.
 La planta exótica.
 Las mujeres.
 La union en Africa.
 Las dos Reinas.
 La piedra filosofal.
 La corona de Castilla (alegoria).
 La calle de la Montera.
 Los pecados de los padres.
 Los infieles.
 Los moros del Riff.

LA MUERTE CIVIL.

José Rodríguez

NOTA. *Se considerarán furtivos todos los ejemplares que no lleven el sello del autor.*

LA MUERTE CIVIL,

DRAMA EN TRES ACTOS

POR

DON CALIXTO BOLDUN Y CONDE,

IMITACION DEL QUE EN CINCO ACTOS ESCRIBIÓ EN ITALIANO CON IGUAL TÍTULO

PAOLO GUIACOMETTI.

Representado por primera vez en el Teatro de Lope de Rueda el día 8 de
Noviembre de 1870.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1870.

PERSONAJES.

ACTORES.

ELISA MOLVINI, 23 años... SRTA. GERTRUDIS DE CASTRO.
CONSUELO, 9..... SRTA. EMILIA MENDOZA. *
LAURENCIO 30..... D. ANTONIO VICO.
EL DOCTOR PALMIERI, 36. D. EDUARDO CORTÉS.
EL ABAD SENTARELLI, 70. D. JULIO PARREÑO.
FERNANDO, su sobrino, 25.. D. JUAN REIG.
GAETANO, 60..... D. RAMON MEDEL.
UN CRIADO..... D. N. PUGA.

La escena se supone en Castrogiovanne, villa de los Appeninos. El primer acto en la abadía de la Madona. El segundo y tercero en casa del Doctor. Época 182...

* Cuando no sea posible hallar una niña de nueve años en condicion de representar el personaje de Consuelo, podrá el director de escena encomendarlo á otra que no exceda de catorce, en cuyo caso acomodará tambien á esta edad todas las citas que á ella se hace referencia en el drama.

Esta obra es propiedad de su autor, y, nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria. El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Liricas de los Sres. Cullon e Hidalgo, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares. Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL DISTINGUIDO ACTOR

DON JOSÉ MATA.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

ACTO PRIMERO.

Gabinete amueblado modestamente. Puerta en el fondo, y una practicable á cada lado. Á la derecha del actor, mesa-bufete y librería; á la izquierda, chimenea; sobre otra mesa, la hornacina y escultura de la Madona, alumbrada por una lamparilla. Cuadros de asuntos religiosos: un reloj, sillones de baqueta, etc., completarán el decorado de esta habitacion, cuyo conjunto manifiesta comodidad y aseo. Al levantarse el telon, el Abad (que estará leyendo en el breviario) suspende su lectura para abrir un pliego que le entregará Gaetano.

ESCENA PRIMERA.

El ABAD y GAETANO.

- ABAD. Copia y original? (Despues de leer el pliego.) Perfectamente: el recadero que ha traído esta carta?... (Escribiendo.)
- GAET. Aguardando queda en nuestra hospedería.
- ABAD. No le dejes marchar hasta mañana. Avisar puedes á mi sobrino que ya le aguardo. (Se levanta y se sienta junto á la chimenea.)
- GAET. Perdonad, monseñor: don Fernando no ha vuelto aún de su acostunbrado paseo.
- ABAD. Cómo? También esta tarde? Qué locura de mozo!

- GAET. Harto insistí en disuadirle; pero díjome, tomando la escopeta: «*dia de nieve lo es de fortuna para el cazador*»...
- ABAD. Calla!... creo oír su voz...
- GAET. Con efecto; está hablando con Jácome, nuestro campanero. Le da como todos los dias, para que la lleve á su anciano padre, la caza que ha traído.
- ABAD. Oh! es muy bueno y caritativo mi Fernando! mucho!...
- GA ET. Oh! sí! Voy... voy á traer luz; el tablero de ajedrez y á servir ya vuestro thé. (Se marcha puerta del foro.)

ESCENA II.

ABAD, FERNANDO, á poco GAETANO.

- FERN. Sin olvidar el rosoli del Prior Malvessi. (Despojándose de los arreos de caza, y dejando su escopeta junto á la chimenea.) Frescas y buenas tardes, mi querido tío. (Restregándose las manos.) Qué tal os la ha dado vuestra pícara gota?
- ABAD. Pchst!... Un poco... He podido, sin embargo, escribir. ¿Pero es posible, hijo mio? Salir al campo con tan mal tiempo?...
- FERN. Bah! Qué quereis?... No está prohibido tener veinticinco años, y á esa edad no es cosa de andar consultando el barómetro ántes de salir á dar un paseo al aire libre.
- ABAD. Con todo; la salud es el don más precioso que Dios concede al hombre, y deber nuestro es conservarle como todos los que de él proceden. (Sale Gaetano con una lámpara encendida, el tablero de ajedrez, y se vuelve á marchar.)
- FERN. Cierto que sí, pero todo está compensado en el mundo; y por eso esta tarde vuelvo más satisfecho que otras de mi escursión. (Preparémosle.)
- ABAD. Qué quieres decir?
- FERN. Aunque sólo á Dios es dado sumar los dias de nuestra existencia, el sabio Doctor Palmieri acaba de asegurarme que la vuestra no peligra en muchos años. (Sal

Gaetano con servicio de té para dos, sobre una mesita, que colocará junto á la chimenea.)

ABAD. El doctor? Cuándo, pues, le has hablado? Yo te lo habia prohibido.

FERN. Sin embargo, un acaso imprevisto, un deber de urbanidad... ello es que ahora mismo vengo de hablarle, y en su misma casa. (Sirve el thé.)

ABAD. Cómo! Hasta eso te has permitido?

FERN. Por la primera vez, desde mi estancia en Castrogiovanne, os lo aseguro.

ABAD. Gran pesadumbre me das en ello, y aguardo oír razones que justifiquen tu desobediencia.

FERN. Cuando estemos solos. (En voz baja, viendo salir á Gaetano y al criado con el té.)

ABAD. Gaetano?

GAET. Monseñor?

ABAD. Cierra esa mampara y no vuelvas aquí hasta que yo te llame.

GAET. Si viene el Doctor?...

ABAD. Suplícale que aguarde y entrarás á anunciarle.

GAET. Está bien monseñor. (Se marchan.)

ESCENA III.

El ABAD y FERNANDO.

ABAD. Puedes hablar.

FERN. Esta tarde, al volver de mi excursion al bosque, distinguí á lo lejos la confusa silueta de una mujer y una niña arrodilladas delante del pilar de la Madona que divide el crucero de *Los tres caminos*. El sitio, la hora, lo desapacible del tiempo, la distancia que aún me separaba de tan interesante grupo, excitaron mi curiosidad y fuíme acercando á él instintivamente hasta que pude oír la dulce voz de la niña y el dolorido acento de la alligida mujer: creí estar escuchando un coro de ángeles, y permanecí en silencio, mientras que un rayo de sol—que ya descendia detrás del

collado—no vino á iluminar el rostro de la mujer; súbito entónces acudió á mi memoria el recuerdo de un terrible drama, y á mis labios el nombre de su infelice víctima: Elisa Molvini! exclamé! y en efecto, era ella la que estaba implorando á la Virgen la salud de su esposo!

ABAD. Dios mio!... Es casada?... Mayor es el daño de lo que presumí!

FERN. Asustada la niña de mi brusca aparicion, se alejó de nosotros algunos pasos: Elisa por el contrario, con faz serena y melancólica sonrisa, se levantó á ofrecerme su mano, como si fuese yo un amigo de quien sólo pocos instantes se hubiera separado: «Gracias, me dijo: sin duda que el cielo ha oido mis súplicas, pues me envia en vos un generoso protector...» Y esto diciéndome, apoyó suave y cariñosamente su brazo sobre el mio, é hizo señal á la niña para que se uniese á nosotros. Esta, ya más tranquila, se agarró de mi mano, y así juntos los tres, tomamos un sendero que pronto nos condujo hasta casa del Doctor...

ABAD. Dios nos ampare!...

FERN. El Doctor me agradeció cortesmente haberlas acompañado, y yo exctuso deciros ahora cuál ha sido mi asombro al reconocer en la ilustre é interesante Elisa Molvini, la despreciable meretriz de quien me habeis hablado.

ABAD. Extraña coincidencia! Veamos dónde y cuándo la conociste.

FERN. En Catania; mi profesion de abogado me facilitó la amistad del padre de Elisa, antiguo y respetable magistrado de aquella audiencia. Elisa entónces contaria unos diez y seis ó diez y ocho años. Hacia sólo dos de la muerte de su madre, y al salir del colegio para entrar en la sociedad del gran mundo, se vió en él sin más guia ni apoyo que el de su anciano padre, y sin otro pariente que un hermano capitán de marina, que en razon á su empleo, estaba siempre viajando por re-

motos climas. Con esta ocasion, el jóven Laurencio Broschi, pintor de gran mérito y porvenir, vió á Elisa y quedó locamente enamorado de ella: Elisa á su vez, tambien sintió hácia Laurencio tan vehemente pasion, que, pobre niña, sin experiencia, hostigada por su frenético y audaz amante, cedió al fin á sus ruegos, y contrajo un matrimonio de inclinacion que en pocos dias llevó al sepulcro á su infelice padre...

ABAD. Ah!... Y ese desgraciado acontecimiento?...

FERN. Tuvo lugar precisamente cuando mi buena madre me llamó aquí para tener el consuelo de espirar en mis brazos. Despues, cuando regresé á Catania, ya Laurencio y Elisa habian abandonado aquella capital, y hasta el encuentro de esta tarde nada habia vuelto á saber de Elisa ni de mi amigo.

ABAD. ¿No te ha confiado los motivos que la obligan á vivir separada de él?

FERN. Únicamente ha dicho entre sollozos, que ha sufrido mucho... que es pobre y desvalida, pero que nunca ha sido culpable. Que así os lo dijese, y que por amor de Dios, no insistais en vuestras sugerencias cerca del Doctor, si no quereis privarla del único amparo que le queda en la tierra.

ABAD. El único?... ¿Y por qué ha de serlo la casa de un hombre tan peligroso como Palmieri?... Si la culpa ó la desgracia la ha reducido á la triste condicion de vivir de un salario... ¿no hay en el mundo familias virtuosas donde pueda ganarle sin mengua en su honradez? Además, ya es necesario que lo sepas todo... (Bajando la voz.) Esa niña á la cual pretexta servir de aya, puede muy bien ser...—Dios me perdone esta sospecha—fruto del vicio y del adulterio.

FERN. Cómo!... Qué quereis decir? Esa niña que yo acabé de ver?...

ABAD. Segun datos que há poco he recibido, esa niña... Pero silencio... (Viendo entrar á Gaetano.) Despues te diré... Qué ocurre? Ha venido el Doctor?...

ESCENA IV.

DICHOS y GAETANO, luego el DOCTOR.

- GAET. Sí, monseñor; aguarda vuestro permiso para entrar.
ABAD. Condúcele aquí. (Gaetano retira la mesita del té que ántes puso junto á la chimenea y se marcha por el foro. Fernando va á marchar: el Abad le detiene.) Puedes quedarte y así podrás apreciar mejor las razones en que fundó mi recelo.
FERN. No: el Doctor puede hacer revelaciones que sólo á vos, en vuestra condicion de sacerdote, os sea lícito escuchar.
ABAD. Ah!... Pluguiese al cielo!... Pero no lo fio de hombre como el Doctor.
FERN. Quién sabe?... (Le besa la mano y se marcha.)

ESCENA V.

El ABAD y el DOCTOR. Este entrega un abrigo en la antesala á un lacayo que le acompaña. El dialogo de esta escena se dirá animado y breve.

- DOCT. Monseñor?... Perdome el enfermo, si el médico le ha hecho esperar.
ABAD. Soy yo, por el contrario, quien necesita disculpa por haber privado á vuestros enfermos—siquier sea por pocos instantes—de los auxilios de vuestra ciencia. (Ofreciéndole su sillón junto á la chimenea: el Doctor toma otro y se sienta cerca del Abad.)
DOCT. Oh, no!
ABAD. Sí; y tanto más culpable es mi egoismo, cuanto que por hoy—gracias al cielo—no tengo el triste derecho de reclamarlos para mi alivio.
DOCT. Pláceme así: prefiero que sólo el amigo os sea necesario: Decíle ahora en qué puede serviros. (Sentándose.)
ABAD. Comprendo el valor en que estimáis vuestro tiempo, y seré breve: fuera de exordios pasaré á hablaros de cierta jóven, cuya equívoca posicion en vuestra casa, se

presta á más de un comentario, que en nada favorece su buena opinion.

DOCT. Ah!... ya!... Os referis sin duda á Elisa Molvini?

ABAD. Sí, amigo mio. La creciente murmuracion de todos los vecinos de Castrogiovanne me autoriza para declararos que es ya preciso, indispensable, que esa mujer se aleje hoy mismo, no sólo de vuestra casa, sino tambien de la jurisdiccion de nuestra abadía.

DOCT. Espero oír la razon de tan extraña y despótica exigencia.

ABAD. Excusad á mi edad y estado, el rubor de descender á detalles, que por otra parte, creo no os sean necesarios para comprender bien lo justo de mi mandato.

DOCT. Ah! es un mandato? Pues si solamente de esa manera quereis argumentar, podemos dar por terminado nuestro coloquio. (Levantándose.)

ABAD. Por qué, Doctor?

DOCT. Elisa Molvini es una mujer virtuosa; vive en la casa de un hombre honrado; es ademas aya de mi hija, y cualquiera de estas circunstancias debiera hacérosla respetar y desistir del ridículo empeño que en contra de ella habeis formado.

ABAD. Dispensadme, Doctor; dificulto que la mujer de quien tratamos pueda ser—literalmente hablando—aya de *vuestra hija*: tengo motivo para creer que la única que hubisteis de vuestra esposa, la niña que yo mismo tuve el honor de bautizar en esta abadía, falleció en Catania, cuando vos—ya viudo—trasladasteis vuestro domicilio á aquella ciudad. Ved, si quereis, este documento que el digno Abad de los Benedictinos se ha apresurado á remitirme á instancia mia. (Mostrándole un pliego.)

DOCT. ¿Y qué es en fin?

ABAD. La partida de defuncion de la niña Consuelo. (Se la da y el Doctor la examina friamente.)

DOCT. Lástima es por cierto que el soplo de la civilizacion

- haya apagado para siempre las hogueras del Santo Oficio, porque hubieran tenido en vuestra persona un excelente y activo inquisidor! (Devolviéndole el pliego.)
- ABAD. Prescindamos de irónicas reticencias, que tan mal sientan á vuestra condicion y á mi estado.
- DOCT. Ea, pues, dadme el ejemplo y decidme con llaneza á qué fin os habeis procurado este irrefutable documento.
- ABAD. Es harto sencillo: vuestra esposa murió al dar á luz su hija: vos no habeis contraído segundo matrimonio, por consiguiente la niña que hoy vive con vos, resulta cuando menos, que si es tal hija vuestra, lo es ilegítima... Las demas deducciones, que de esta premisa pueden sacarse, son tan claras y trasparentes que no hay para qué nos sonrojemos en formularlas.
- DOCT. No considero lógica, ni siquiera apreciable vuestra solucion, porque el tener yo una hija, siquier fuese ilegítima, ¿probaria en ningun caso que Elisa Molvini era su madre?
- ABAD. Podiamos suponerlo con probabilidad de acierto. (Se oyó el toque de ánimas y se levanta el Doctor.)
- DOCT. En resúmen, monseñor, terminemos tan inútil y enojosa entrevista. (Despidiéndose.)
- ABAD. Un momento... os lo suplico. Ya que no podeis penetrar en mi deseo... que no es dado conocer el móvil de mis rectas intenciones, dejadme al menos justificarlas.
- DOCT. Difícil es vuestro empeño. (Sentándose.) Hablad, sin embargo.
- ABAD. En mi fervoroso celo por las buenas costumbres, por el santo ejercicio de la virtud, llegué á creer que mis amonestaciones, mis consejos, mis súplicas—perdonad tan presuntuosa creencia á la fe de un sacerdote—acabarian, en fin, por convenceros de que sólo un público matrimonio con Elisa, podia granjearos el aprecio y consideracion que hoy os falta, entre los escandalizados vecinos de Castrogiovanne.
- DOCT. Mi matrimonio con Elisa? Horrible sarcasmo, monse-

- ñor!... Esa mujer pertenece á su esposo.
- ABAD. Lo he ignorado hasta que hace pocos instantes me lo reveló mi sobrino.
- DOCT. Pues si eso sabeis, á qué insistir?...
- ABAD. Comprended que si mi conciencia se alarmó cuando suponía en estado libre á esa funesta mujer, hoy deben ser mayores y más justificados mis escrúpulos, toda vez que entre ella y vos existe un obstáculo que hace imposible toda reparacion á la moral. La eventualidad de un divorcio, tampoco la Iglesia puede admitirla. *Quod Deus coninxit, homo non separet.*
- DOCT. Fatal intransigencia de vuestro concilio de Trento!... ¿Es decir, monseñor, que segun tan absurda doctrina, la mujer en ningun caso puede separarse del marido?
- ABAD. En ninguno absolutamente.
- DOCT. ¿Aun cuando—como á Elisa acontece—le sea preciso para vivir junto á él encerrarse para siempre en el inmundado calabozo de un infame presidio?
- ABAD. Qué decís?... Acaso el marido de esa infeliz?...
- DOCT. Fué sentenciado en Nápoles á cadena perpétua, y há más de ocho años se halla en su cárcel enterrado en vida.
- ABAD. Ah!... Qué escucho, Dios mio! Y en tanto ese desdichado expia su delito, su liviana mujer, tal vez sus hijos, le olvidan y escarnecen? Oh! qué inaudita maldad!... Por compasion, por lo que más ameís, dejad á esa desventurada criatura en libertad de asistir y consolar á su triste compañero!
- DOCT. Súplicas ni amenazas no han de cambiar mi noble intento de ser yo el más desinteresado protector de esa infeliz mujer.
- ABAD. Sedlo en buen hora, pero alejadla de vuestro lado.
- DOCT. Considerad que, por más inocente que ella esté del crimen de su marido, el cieno en que se arrastra la cadena del presidiario ha manchado ya la pureza de esa mártir esposa; con tal estigma en su frente ¿no pediría en vano pan y trabajo á una sociedad hipócrita

- que la rechaza de su seno?
- ABAD. Ah! sí, y bien pronto la seducción y el vicio sacarían ópimos frutos de su miseria.
- DOCT. Entónces, ¿cómo quereis que yo la abandone?
- ABAD. Teneis razon: despues de oiros no insisto más en apartaros de vuestro buen propósito; al contrario, pídoos ahora que me asociéis á él si me juzgais digno de marchar junto á vos por la senda de la caridad.
- DOCT. Oh! si por cierto: trazada nos la dejó el más grande de los filósofos en su evangelio. Tan fácil es, suave y expedita, que todos los hombres honrados, de distintas razas, de opuestas opiniones, pueden á la vez andarla juntos sin temor de embarazar el paso los unos á los otros. Acepto, pues, vuestra leal compañía.
- ABAD. Gran gozo tendré, señor Palmieri, de hacer con vos un viaje que al cielo conduce.
- DOCT. Viajero soy en el mundo que camino al azar, sin cuidarme gran cosa adonde he de hacer noche. Creo, sin embargo, que un sendero que comienza en la caridad, no puede conducirme á mal albergue. Adios, monseñor; el compañero os estrecha la mano; el médico os desea tranquila noche.
- ABAD. Estimo ambos favores! ¿Volveremos á vernos pronto? (Acompañándole hasta la puerta.)
- DOCT. Siempre y cuando querais llamarme á vuestra confianza.
- ABAD. Tendreis inconveniente en presentarme á la jóven Elisa? (Movimiento de extrañeza en el Doctor.) Quisiera darle en presencia vuestra algunos consejos que su crítica situacion reclama.
- DOCT. Cuando gustéis. Estoy cierto que ha de oiros con suma complacencia.
- ABAD. Adios, pues. (Ofreciéndole la mano, que el Doctor estrecha. Gaetano aparece en la antesala, deja salir al Doctor y entra azorado.)

ESCENA VI.

EL ABAD y GAETANO, con un manajo de llaves grandes.

- GAET. Monseñor?
ABAD. Qué?
GAET. Aguardando estuve á que marchara el Doctor para deciros un extraño encuentro que acabo de tener.
ABAD. Habla... y sé breve. Ha sonado la oracion, y hace tiempo que yo debí estar en la mia. ¿Qué es ello en fin?
GAET. Al hacer como todas las tardes mi requisa en la iglesia, he observado un hombre como recatándose detrás de un confesonario. Me llegué á él para advertirle que ya era hora de cerrar las puertas, y esto pareció contrariarle.
ABAD. ¿Será algun bandido de los muchos que merodean por estos contornos y que acaso viene á ampararse en la inmunidad de nuestra abadía?
GAET. Eso me figuré, pero no debe ser así, porque me ha suplicado que nada os dijese!... Pidióme únicamente pasar la noche sobre un banco de la capilla... cosa que le he negado como podeis imaginar.
ABAD. Extraña peticion!
GAET. Le he ofrecido, sí, albergarle en nuestra hospedería; pero á esto ha manifestado mucha repugnancia.
ABAD. Es singular. Y está aún ahí?
GAET. Sí, monseñor.
ABAD. Hazle entrar, que yo le interrogué.
GAET. Entrad, entrad, buen hombre. Monseñor quiere hablaros.

ESCENA VII.

DICHOS, LAURENCIO, pobrementemente vestido y calzado, con un capote pardo de marinero, barba y cabellos erizados, frente despejada.

LAUR. (Habla desde la puerta.) Para qué? No habeis dicho que me llevabais á descansar?... Yo no necesito más que un

pedazo de pan... agua con que apagar mi sed... y un rincón donde abrigarme.

ABAD. Entrad aquí, hijo mío. (Adelantándose á la puerta del foro y trayéndole compasivo.) Al calor de esta lumbre podeis secar vuestra ropa, en tanto se os dispone algo que comais y un buen lecho. Gaetano, vé á prepararlo todo y avisa á Jácome que te ayude á ello. (Gaetano acerca á Laurencio una silla junto á la chimenea.)

LAUR. Gracias, monseñor. (Besándole la mano con veneracion.) Y también á vos, mi buen amigo. (A Gaetano, que se marcha.)

ESCENA VIII.

EL ABAD Y LAURENCIO.

ABAD. Fácil se adivina, por vuestro cansancio, que venis de hacer largo y penoso viaje.

LAUR. En efecto, es así. Hoy he caminado todo el día sobre la nieve. Me propuse llegar á Castrogiovane, pero la noche me ha sorprendido en la cima de esa montaña. Al descender de ella y pasar por delante de esta abadía, la falta de alimento y el frío me impidieron continuar mi ruta. No sin esfuerzo pude cobijarme en el atrio para pasar la noche á cubierto del temporal. Pero hambriento, cansado y aterido, bien pronto mis miembros experimentaron la insensibilidad del mármol, y el sopor de la muerte fué poco á poco apoderándose de todo mi ser. Ya se cerraban mis ojos, quizá por la última vez, cuando la campana del cementerio dió el toque de ánimas. Su lúgubre tañido estremeció dulcemente mi corazón, porque á vuelta de un triste recuerdo trájome también á la memoria el de mi infancia... y... me acordé de mi buena y cariñosa madre, monseñor, de sus santas amonestaciones, y sentí necesidad de entrar en un templo. ¡Ay!... Hacía ya tantos años que no rezaba en ninguno!... Esto me hizo arrastrarme hasta dentro de la iglesia, y por eso sólo,

monseñor, me ha visto en ella ese hombre que acaba de marcharse.

ABAD. ¿Tantos años habeis dejado correr en olvido de nuestras santas prácticas.

LAUR. Ah! sí!... muchos... muchos!...

ABAD. Vuestra sinceridad me tranquiliza respecto á la enmienda. Espero, hijo mio, que de hoy más os ocupareis del alimento del alma!...

LAUR. De mi alma, monseñor?... Ay!... Harto me ocupo de ella. á pesar mio!

ABAD. Si se halla enferma, mis consejos sabrán curárosla: si sólo adormecida, despertará á mi voz...

LAUR. Ah!... Dormida?... Pluguiese al cielo que tanto no me atormentase!...

ABAD. Si es con el remordimiento, cercana está su curacion.

LAUR. Remordimiento! (Alarmado y levantándose como para huir)
¿De qué lo infiere, monseñor? Me cree acaso un criminal?

ABAD. No os conozco; en todo caso nada temais. Mi mision es de paz... Sois ademas mi huesped... y por último, sabed que esta nuestra abadía goza el sagrado privilegio de inmunidad.

LAUR. No lo ignoraba, monseñor. (Sentándose.)

ABAD. Y habeis venido á ampararos de ella?

LAUR. No; creo haberos dicho ya, cómo y por qué he llegado hasta vos, y no acostumbro á mentir nunca.

ABAD. Vuestro porte y lenguaje, fácil revelan que pertenecéis á clase superior de lo que aparenta vuestro vestido. Es un disfraz, ó sólo la pobreza os obliga á llevarle?

LAUR. La fatalidad! Mi padre fué un rico armador, dióme estudios para ingeniero naval, pero yo preferí ser pintor, y casi un niño me escapé á Roma: en ella viví cinco años, y al volver á mi país me hallé con que un naufragio habia acabado con la fortuna y vida de mis pobres padres. (Se enjuga una lágrima)

ABAD. ¿De modo que ahora ya no tenéis familia?

LAUR. Ah! sí la tengo!... Si...

- ABAD. ¿Vive lejos de aquí?...
- LAUR. No!... Sí!... No lo sé! (Turbado.)
- ABAD. Extraña duda!... Pero?...
- LAUR. Basta, monseñor!... No conservo ya más que una esperanza. ¿Quereis arrebatármela?
- ABAD. Yo?... Pues por qué traté de inquirir?...
- LAUR. (Con enojo.) Callaos, por piedad! Vuestras preguntas semejan el interrogatorio de un juez... Me causais miedo!... ¿Qué os importa quién yo sea?... Al pediros hospitalidad no os dí el derecho de interrogarme. ¿No habeis dicho que yo era vuestro huesped? Pues respetadme como tal. Yo sólo debo ser á vuestros ojos una aparicion; la pesadilla de una noche de insomnio, que al amanecer de mañana habrá desaparecido para siempre.
- ABAD. Mal interpretais la compasion que me inspira vuestro infeliz estado: en gracia de ella ¿quereis contestar aún á mi última pregunta?
- LAUR. Nada prometo hasta despues de oirla.
- ABAD. ¿Á dónde pensais dirigiros al abandonar este asilo?
- LAUR. Á Catania.
- ABAD. Tengo en esa ciudad muchas y buenas relaciones. Si vos careceis de ellas puedo recomendaros á personas que han de favoreceros. El prior de los Benedictinos, entusiasta y conoedor de vuestro noble arte, quizá os encargue algun místico cuadro...
- LAUR. Gracias, monseñor... Siempre he pintado marinas... y batallas...
- ABAD. Pero...
- LAUR. Estimo vuestras recomendaciones, pero no las necesito. Catania es mi país. Alumno fui del Instituto de San Genaro, y aún vivirá alguno de mis compañeros.
- ABAD. Qué decis?... Estudiasteis en San Genaro?
- LAUR. Con el abate Fioribelo.
- ABAD. Precisamente. Qué feliz casualidad! Recordais entre vuestros condiscípulos á Fernando Cotterelli?... hoy célebre abogado de aquella capital?

- LAUR. Cotterelli? Mucho; fué mi mejor amigo.
- ABAD. Loado sea Dios, que ha combinado por vuestro bien tan favorable encuentro!... Fernando es mi sobrino, y se halla aquí actualmente.
- LAUR. Cotterelli!... Está aquí?... (Reprimiéndose despnes del primer instante de alegría.)
- ABAD. Vais á verle ahora mismo. (Se dirige á tocar el cordon de la Campanilla. Laurencio se lo impide.)
- LAUR. Perdonad, no le llameis. (Secamente.)
- ABAD. Me admirais. ¿Y por qué?
- LAUR. Dáme vergüenza presentarme en tal estado. La miseria del artista tambien tiene su orgullo...
- ABAD. Pero si mi Fernando no verá en vos más que al amigo. (Va á llamar y Laureano se lo esterba.)
- LAUR. Pero qué obstinado... ¿Qué imprudente empeño es el vuestro?
- ABAD. Imprudente?... Qué quereis decir?
- LAUR. Que tenéis muy poca caridad!... Me veis rendido de cansancio... Os he dicho que tengo hambre... que la fiebre me devora! Y en vez de otorgarme un rincon en en vuestra casa, un pedazo de pan, empezais por imponerme una humillacion.
- ABAD. Yo?
- LAUR. Vive el cielo que vuestra egoísta vanidad no ha de gozarse en ello!... (Marchándose Laurencio.)
- ABAD. Deteneos, por Dios! No he de consentir que así os marcheis. (Deteniéndole.)
- LAUR. Saldré, sin embargo, á pesar vuestro.
- ABAD. No, quedaos: yo os lo mando. (Colocándose delante de la puerta.)
- LAUR. Franqueadme esa puerta, ó vive Dios!... (Con arrebato de cólera y echando mano á la escopeta que dejó Fernando junto á la chimenea, esgrimiéndola como una maza.)
- ABAD. Ciego homicida!... Anciano inerte, desafio vuestra cólera. Heridme si os atreveis!
- LAUR. Ah! (Horrorizado deja caer la escopeta.)
- ABAD. Desgraciado y terrible carácter es el vuestro!... Si no

hubierais dicho que vuestra cuna se meció al pie del Etna, lo hubiese adivinado por ese arrebató de ira, tan frecuente en vuestras volcánicas é indomables naturalezas.

LAUR. Ah!... Es cierto, monseñor; la candente lava del Vesubio circula por nuestras venas, y al menor obstáculo que hallamos en nuestro camino nos arrastra al del crímen. Perdóneme vuestra bondad el que, insensato, estuve á punto de cometer ahora. (Besándole la mano con veneracion.)

ABAD. De buen grado: faltas que no nacen del corazon no implican ofensa. (Tocan las ocho en la péndola: al oírles se estremece Laurencio. Se presenta Gaetano.) Las ocho: Gaetano? Gaetano? Debo dejaros: es precisamente la hora de pasar á mi oratorio. (Habla Gaetano en voz baja. Toma el breviario.)

LAUR. (Aterrado mirando la péndola.) Las ocho! Hora fatal!

ABAD. Fernando no tardará en venir: mientras yo vuelvo podreis hablar más francamente con vuestro amigo. Quedad en paz de Dios, hijo mio. (Gaetano acompaña al Abad hasta la puerta izquierda, despues sale por ella y cruza á la derecha.)

LAUR. Que él os premie vuestro buen deseo, monseñor. (Besándole la mano.)

ESCENA IX.

LAURENCIO.

Fernando va á venir? Qué le diré? Me aterra su llegada y á la vez me devora la impaciencia por preguntarle de... por qué... sí, él debe saberlo. Y si al cabo he de confiarme á alguno... ¿Qué habrá sido de Elisa y de mi Laura? Oh! Si es que aún viven, me habrán creído muerto! Y tal lo estuve en verdad, porque la cárcel y el manicomio, ¿qué son sino suntuosos, gigantescos panteones que ocultan (á la vista del hombre feliz), repugnantes cadáveres de vivos apestados?... Ya viene

Cotterelli, le conozco: procedamos con reserva por si aún me es preciso huir de esta casa. (Levantando del suelo la escopeta y poniéndola junto á la chimenea.)

ESCENA X.

DICHO, FERNANDO, GAETANO.

- GAET. Ese es. (Hablando en el dintel de la puerta.)
FERN. ¿Ese el amigo de quien te ha hablado mi tio?
GAET. Sí, señor.
FERN. Es extraño!... No creo conocerle... Déjanos solos.

ESCENA XI.

LAURENCIO y FERNANDO, de bata

- FERN. Perdonad, pero no recuerdo dónde hayamos podido conocernos.
LAUR. En Catania.
FERN. Hará ya mucho tiempo?
LAUR. Sí, mucho!
FERN. Entónces, ayudad mi memoria. ¿Habeis acaso sido mi cliente? Guarda de Bosco-espino donde yo iba á cazar con frecuencia?
LAUR. No, me llamo Laurencio Broschi.
FERN. Laurencio! . . Tú?... Abrázame! (Abrazándole.) (Dios mio! Qué le traerá cerca de Elisa?... Explorémosle.) Pobre amigo mio, qué cambiado te encuentro! Verdad es que ha trascurrido tanto tiempo! Más de nueve años que no nos vemos
LAUR. Las desgracias y penas, más bien que la edad, han arado los surcos de mi frente y encanecido mis cabellos!...
FERN. Pero qué ha sido de tí?... Se dijo que habias pasado á América?...
LAUR. No.
FERN. Entónces, cuéntame. Vienes de Roma?... De la ciudad

eterna... Emporio del arte y de gloriosas ruinas?... Habrás allí pintado muchos cuadros, eh?

LAUR. Ah! Ni uno tan solo!... Pero tengo aquí (Entusiasmado y señalando la frente.) sin embargo, bocetos de cien batallas! Atrevidos escorzos de mil y mil combatientes! Grupos, en fin, de esclarecidos héroes, que ¡ay! nunca ya mi pincel animará en el lienzo!...

FERN. Bah! ¿Y por qué no? Tú siempre tan animoso, desmayarás ahora? Pronto el aire embalsamado de nuestra hermosa Sicilia, te devolverá la salud y energía. No es ese tu objeto al regresar aquí?

LAUR. No, precisamente. La azarosa vida que me he visto obligado á llevar no me ha permitido cuidar mi salud. Mi existencia ha sido un símil de la muerte desde que me separé de Elisa.

FERN. Temiendo ser indiscreto, no me atreví á hablarte de ella; pero ya que tu franqueza me brinda la ocasion... Dime—si quieres confiarlo á mi amistad—el motivo que te separó de una mujer tan digna de ser amada.

LAUR. Fatal influjo de mi estrella!... Quizá el exceso de mi mismo amor... me vi en fin rodeado de tales y tan terribles circunstancias...

FERN. Puedo yo saberlas?

LAUR. NO. (Con viveza y sequedad.) Únicamente puedo decirte que hoy busco ansioso á mi mujer y á mi hija. ¿Puedes tú decirme si viven aún? Darne algun indicio para encontrarlas?

FERN. (Qué le diré? Temo comprometer la situacion de Elisa.)

LAUR. Callas?... Ah!... Todo lo comprendo!... Han muerto?... Acabó mi última esperanza! Ah! mi amante Elisa!... mi querida Lauretta! (Sollozando y apoyándose en el sillón.)

FERN. Vamos, hombre; tranquilízate... Puedo asegurarte que tu esposa vive y que...

LAUR. Ah!... vive? (Levantándose como por resorte.)

FERN. Más aún te diré: Habita en Castrogiovanne, y desde ese balcon se alcanza á ver, aunque lejos, los de su morada.

LAUR. Ah!... será verdad?... Oh!... no!... Tú pretendes con-

solarme; halagar (Corre al balcon y mira por él.) mi deseo, para que yo no muera. (Retirándose del balcon y sentándose abatido.)

FERN. No, Laurencio; te aseguro que esta misma tarde he visto y he hablado á Elisa.

LAUR. Ah! (Levantándose gozoso.)

FERN. Sí; su brazo se ha apoyado en el mio y mi mano ha estrechado la suya.

LAUR. Ah!... su mano?... (Coge la mano á Fernando y la besa con efusion.) Déjame aplicar en su huella mis amorosos labios!... Pero ¿y mi hija?... mi Lauretta?... Dime... dímelo, ¿será ya muy hermosa, no es verdad?... Háblame de ella... ¿No te ha dicho su madre si alguna vez le preguntó por mí?...

FERN. En cuanto á tu hija nada puedo decirte... Yo ignoraba que la tuvieses y no he preguntado por ella, ni Elisa tampoco me la nombró.

LAUR. Entónces... ¡ay de mí! es que ya no existe!... Debí temerlo .. Pobre niña!... Era tan débil su complexion! sufrió ya tanto en el seno de su madre!... Despues la miseria habrá acelerado su muerte... y... ángel mio!... ya no te veré más! (Se sienta sollozando.)

FERN. Eh! Quién sabe? Eres exagerado y pesimista. Porque yo—que sólo hace cuatro dias que llegué aquí—no haya visto aún á tu hija, ¿ya hemos de deducir que ha muerto? ¿No puede suceder que Elisa la tenga educándose en algun colegio?... En el mismo de Castrogiovanne?

LAUR. Oh!... sí, sí!... Es verdad... es posible... Pero para tenerla en pension se necesitan recursos que supongo han de faltar á Elisa!

FERN. Tantos son necesarios para la modesta educacion de una niña?

LAUR. Cierto que no. Además, Elisa la recibió esmerada: música, pintura... Esto puede haberle proporcionado medios para vivir y atender á su hija... Oh! sí! sí! Creo, como tú, que mi Lauretta vive! ¿Por qué he de renun-

- ciar tan pronto á la única esperanza que sostiene mi vida? Vamos, vamos á ver á Elisa y preguntarle... Ella nos dirá... (Tomando su abrigo.)
- FERN. Aguarda, hombre... (Es preciso evitar...)
- LAUR. No, por Dios, Fernando. Mira que me consume la impaciencia... y las dudas me matan.
- FERN. Pero considera que á tal hora... En el estado de agitación en que te hallas... Entrar de improviso en casa de...
- LAUR. Dices bien. Soy un insensato. Me avergüenzo (Mirándose el vestido.) de mi aturdimiento. Conviene que me anuncies: (Dejando su abrigo) que Elisa se prepare... Además, quiero que me des algunos informes... noticias... que han de ahorrarme preguntas, harto difíciles de hacer, y para Elisa enojosas de contestar... Veamos... dime primero: ¿por qué dejó á Catania? Cuéntame, si lo sabes, de qué recursos ha vivido hasta ahora y de cuáles vive actualmente.
- FERN. Actualmente está en una casa respetable, sirviendo de aya á una señorita...
- LAUR. Ah!... Mi esposa comiendo el pan de la servidumbre!... Ah! pobre Elisa mia!...
- FERN. Oh! en la casa á que me refiero le son guardadas las consideraciones que tu esposa merece.
- LAUR. Alguna caritativa señora, que prendada de las virtudes y situación de Elisa, le ha confiado la educación de su hija, eh?...
- FERN. Interesante huérfana que perdió su madre al nacer.
- LAUR. Ah! (Sensación en Laurencio.)
- FERN. Si: su padre, el célebre doctor Benvenuto Palmieri... Tú debes conocerle... le habrás oído nombrar cuando menos, porque ha sido catedrático en las clínicas de Nápoles y de...
- LAUR. Palmieri?... (Visiblemente afectado.) No!... no recuerdo...
- FERN. Ha escrito varias obras... tratados de... Gran filósofo además.
- LAUR. Hombre de edad madura... supongo? (Mirándole fijamente.)

- mente.)
- FERN. Oh! sí... Debe rayar en los cuarenta. (Con sinceridad.)
- LAUR. (Mayor sensacion.) Es harto jóven para haber adquirido tanta celebridad. Deseo conocerle para ver si es justificada!... Cuarenta años!... (Conmovido y preocupado se sienta mirando al balcon.)
- FERN. Laurencio!... ¿Qué negra idea vuelve á preocuparte?
- LAUR. Contéstame sin rebozo... ¿crees tú que yo... tu amigo, el orgulloso artista, pueda sin rubor presentarse al caballero Palmieri y decirle con la frente erguida... Soy el esposo de la *honrada* Elisa Molvini? ¿Tienes la conviccion de que en nada arriesgo mi dignidad de hombre con semejante prueba?...
- FERN. Tan sinceramente creo en la virtud y lealtad de Elisa como en la delicadeza del doctor.
- LAUR. Gracias, Fernando, gracias! (Estrechando su mano.) No sabes el consuelo que recibe mi corazon escuchándote... Ah!... Estoy tan castigado de la suerte, que todo me asusta y anonada. (El Abad sale por la puerta derecha y escucha las últimas palabras de Laurencio.)

ESCENA XII.

DICHOS y el ABAD.

- ABAD. No debeis, sin embargo, desconfiar de la bondad divina. (Dejando el breviario sobre la mesa.)
- FERN. Ah! Llegais á tiempo de prestar amparo y consuelo á mi amigo Laurencio, infortunado esposo de la interesante Elisa.
- ABAD. Dios mio!... cómo habeis podido romper los hierros de vuestra cárcel?
- LAUR. Yo?
- FERN. Él? (Á un tiempo.)
- ABAD. Si: no ignoro que estais condenado á cadena perpétua.
- LAUR. Ah! (Da un paso para huir.)
- FERN. Qué?... vos sabiais?...

- LAUR. Quién ha podido decíroslo? (Á un tiempo. Laurencio vuelve cerca del Abad.)
- ABAD. Pero importa saberlo: contestad más bien á mi pregunta. ¿Habeis sido indultado? Sois libre legalmente?...
- LAUR. Soy desertor.
- FERN. } Ah!
ABAD. }
- LAUR. No me delateis hasta despues que abrace á mi esposa y á mi hija! (Juntando sus manos en súplica.)
- FERN. Delatarle?...
- ABAD. Bien diferente es mi propósito. No carezco de influencia en la córte, y la haré valer en favor vuestro.
- FERN. Oh! sí! . El cardenal confesor de la reina podrá á vuestro ruego conseguir indulto.
- ABAD. Pero veamos por qué delito fuisteis condenado á tan bárbara pena?
- LAUR. Ah! no!... No querais oir lo que os causaria horror!...
- FERN. Sí: tal vez de tu relato se desprendan causas atenuantes en que fundar nuestra demanda.
- LAUR. Ninguna existe en favor mio?
- ABAD. Quizá os juzgueis á vos mismo con demasiada severidad.
- LAUR. Ah! monseñor!... teneis un excelente corazon!... Abriré, pues así lo quereis, la mal cerrada herida del mio, aunque la ponzoña que destila envenene esta atmósfera saturada de leal amistad y de santas virtudes. Á muy pocos meses (Á Fernando.) de mi casamiento con Elisa, murió su anciano padre, al dolor seguramente de verla en brazos de un hombre indigno de merecerla; (Al Abad.) de un miserable, que abusando del candor é inocencia de una niña, la obligó á cometer la mayor falta en un hijo... fugarse ingrato del hogar paterno!
- ABAD. Oh! sí! ciertamente!
- LAUR. El encoro de su familia, sus asechanzas y sugestiones para hacerme despreciable á los ojos del mundo, aborrecible á los de Elisa, llegaron al extremo de serme insoportables, porque un hermano suyo, jóven tan alti-

vo como procaz...

FERN. Alfredo?... capitán de la real marina?

LAUR. No perdonó insulto, escarnio, ni medio alguno de ofender mi amor propio, á fin de arrastrarme á un duelo. Pero yo (á Fernando.) quise evitarle á toda costa, y temeroso más aún de la violencia de mi carácter que de sus insidiosas provocaciones, abandoné Catania, y con mi mujer y mi hija fui á establecerme en Nápoles.
(Al Abad.)

ABAD. Prudente resolución!

FERN. De gran valía, en pró de tu causa. Prosigue.

LAUR. Apenas trascurrido un año de nuestra estancia en Nápoles, (á Fernando.) cuando Alfredo no sé si determinada-mente, por mera casualidad ó por mandato del servicio... ello es, que el capitán llegó con su fragata á aquel puerto, y nuevamente empezaron sus insultos y temerarias porfías; también esta vez tuve fuerza de voluntad para desoirlos y dominar mi arrojio. Pero ¡ay! una noche, volviendo yo á mi casa, observé cerca de su puerta tres ó cuatro marineros, que estaban hablando alegre y confusamente, mientras que uno de ellos, al parecer menos embriagado que los otros, les señalaba con la mano mis balcones. Esta circunstancia, y más aún la de haber yo distinguido en su sombrero, la insignia de *Il Maestoso*—nombre del buque que mandaba Alfredo llamó mi atención, y con cautela acerquéme más al grupo de los marinos. Al pronto nada pude entenderles, pero luego oí clara y distintamente estas ó parecidas palabras: «Spilletto cargará lastre al boie con la *Fanciulla, Masino* y yo llevaremos la madre á bordo, que así lo ha dispuesto el capitán?—Ah! monseñor!... El inhumano trataba de robarme á las dos!..

ABAD. Punible atentado!

FERN. Prosigue.

LAUR. Al oír el proyecto de aquellos infames, toda mi sangre subió en torrentes á calcinar mi cérebro... y desatentado, loco, ciego de ira, fui á colocarme en el umbral

de mi casa, para mejor así custodiar mi preciado tesoro: apenas tuvo que esperar mi impaciencia, porque no tardó en salir bruscamente al zaguan un hombre embozado...

FERN. Otro marinero sin duda?

LAUR. Instintivamente desenvainé un puñal—que al acaso llevaba conmigo—pero temiendo que debajo de la capa de aquel hombre pudiera estar mi hija dormida, y yo matarla con mi propia mano, contuve mi primer impulso, é inmóvil como una estatua, sólo detuve el paso á aquel desconocido. Él por su parte desembozóse rápido y balbuciente de cólera, exclamó: «Cobarde raptor, recibe el premio de tu villanía.» Y escupiéndome al rostro, lanzóme en él terrible bofetada!...

FERN. Ah!

LAUR. Aquí está indeleble... eterna!... Ocho años no han sido bastantes á borrar su huella!...

ABAD. Pero fué vuestro hermano el que?..

LAUR. Fué mi verdugo! Febril, vertiginoso, iracundo al sentir mi afrenta, súbito como el rayo, me ceñi á él como la yedra al roble, y empezamos en silencio la más encarnizada y fratricida lucha! Mi mujer, que apercibióse de ella; que con su hija al seno debió estar escuchándonos en la penumbra del zaguan, lanzó un ¡ay! desgarrador, gritándome... «Laurencio, respeta la vida de mi hermano» su voz llegó á mi conciencia... Seguir quise su impulso... pero; ay! era ya tarde!... Al separar mis brazos del capitán—que como anillo de hierro aún le sujetaban—cayó su cadáver desplomado al suelo!

ABAD.

FERN.

LAUR.

{ Ah!

El puñal que yo busqué en mi mano para arrojarle estaba ya clavado en el corazon de mi víctima!... Ah! mi infeliz mujer, para recibir el último suspiro de su hermano, tuvo que arrodillarse con mi tierna hija sobre un inmenso lago de su propia sangre!...

ABAD. ¡Qué horror, Dios mio!...

FERN. Y á seguida de la catástrofe intentaste huir?

LAUR. Quédeme indiferente y mudo... en un estado de estupidez... Sólo recuerdo los ayes de Elisa... el llanto de mi Laura!... Tambien que unos vecinos me detuvieron hasta llegar una patrulla... Que esta me ató las manos! Despues nada ví, nada supe, y á los cinco años desperté en un calabozo, como si aquel día hubiese nacido en él: oí decir á mis carceleros que habia estado loco, y así debió ser, porque aún sentía confusos mis recuerdos y extreviada mi razon.

FERN. Y cómo has logrado escaparte?

LAUR. Desde que pude fijar un poco mis ideas; cuando ya adquirí conocimiento de dónde estaba... de lo que yo habia sido ántes, de lo que entónces era, hízoseme la vida aborrecible, y más de una vez quise acabar con ella; pero al acordarme de mi mujer y mi hija faltábame valor, é incesante me acometia el deseo, el delirio de recobrar mi libertad. (Animándose gradualmente con alegría al recordarlo.) Empecé, pues, á trabajar para conseguirlo en todo aquello que á mi alrededor tenia más fácil y hacedero. Las horas del dia y de la noche, en que no era vigilado, las empleé en desgastar el primer eslabon de mi cadena, aflándole de continuo contra los postes de mi prision. Más de tres años tardé en conseguirlo... Pero ¡ah! ¿qué son tres años para la constancia y asiduidad de un preso?... Hoy hace seis dias que el capataz de mi brigada vino á sacarme, como á otros de mis compañeros, para trabajar en los diques del puerto. La ocasion para mi fuga no podia ser más favorable, y apenas me ví en él me desembaracé de mi va preparada cadena y me arrojé al agua!... Nadando por su fondo, y saliendo por intervalos á respirar, volvia á sumergirme, alejándome siempre de la orilla. Los centinelas hicieron fuego sobre mi distintas veces, pero con tan poco acierto, que pronto pude alcanzar la barca de un pescador, que compasivo me recibió á su

bordo, y me ví en fin en libertad. ¡Oh! qué mágica palabra para un encarcelado! Libertad! Por fin, el pescador trájome este vestido, púsome en tierra, dile yo un abrazo, y anhelante y gozoso emprendí mi camino. Lo que despues ha pasado ya lo sabeis.

FERN. Pobre amigo!

ABAD. ¿Y cómo imprudente os dirigiais á Catania, donde tan conocido sois de todos?

LAUR. Catania, monseñor, ha sido para mí lo que el iman al acero. Una fuerza irresistible me atrajo á esta ciudad, porque en ella únicamente podia adquirir noticias de la mujer que adoro. En Catania—decia yo—nació Elisa; allí también están enterrados sus padres... y es imposible que tan buena hija haya dejado correr ocho años sin ir á llorar sobre su tumba. Alguno de nuestros compatriotas la habrá visto en ella con mi hija derramando flores, y esto será mi guia para que yo la encuentre...

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, GAETANO.

GAET. Monseñor? (Desde la puerta.)

ABAD. Gaetano?... Adelante.

GAET. Por lo que importaros pueda, sabed que una patrulla de gendarmes acaba de prender al recadero que os trajo la carta del Prior.

ABAD. Qué escucho! (Levantándose.)

LAUR. { Ah!... (Laurencio alarga su mano á la escopeta.)

FERN. { (Fernando le impone silencio.)

Chist!...

ABAD. Se han atrevido á violar la inmunidad de nuestra abadía?

GAET. No, monseñor; el recadero habia salido á Castrogiovanne para herrar allí su cabalgadura, y á su regreso le ha detenido el sargento.

ABAD. Llévame á verle: tú, Fernando, dispon lo necesario

para el descanso de tu amigo; vamos. (Se marcha el Abad por el foro apoyándose en el brazo de Gaetano.)

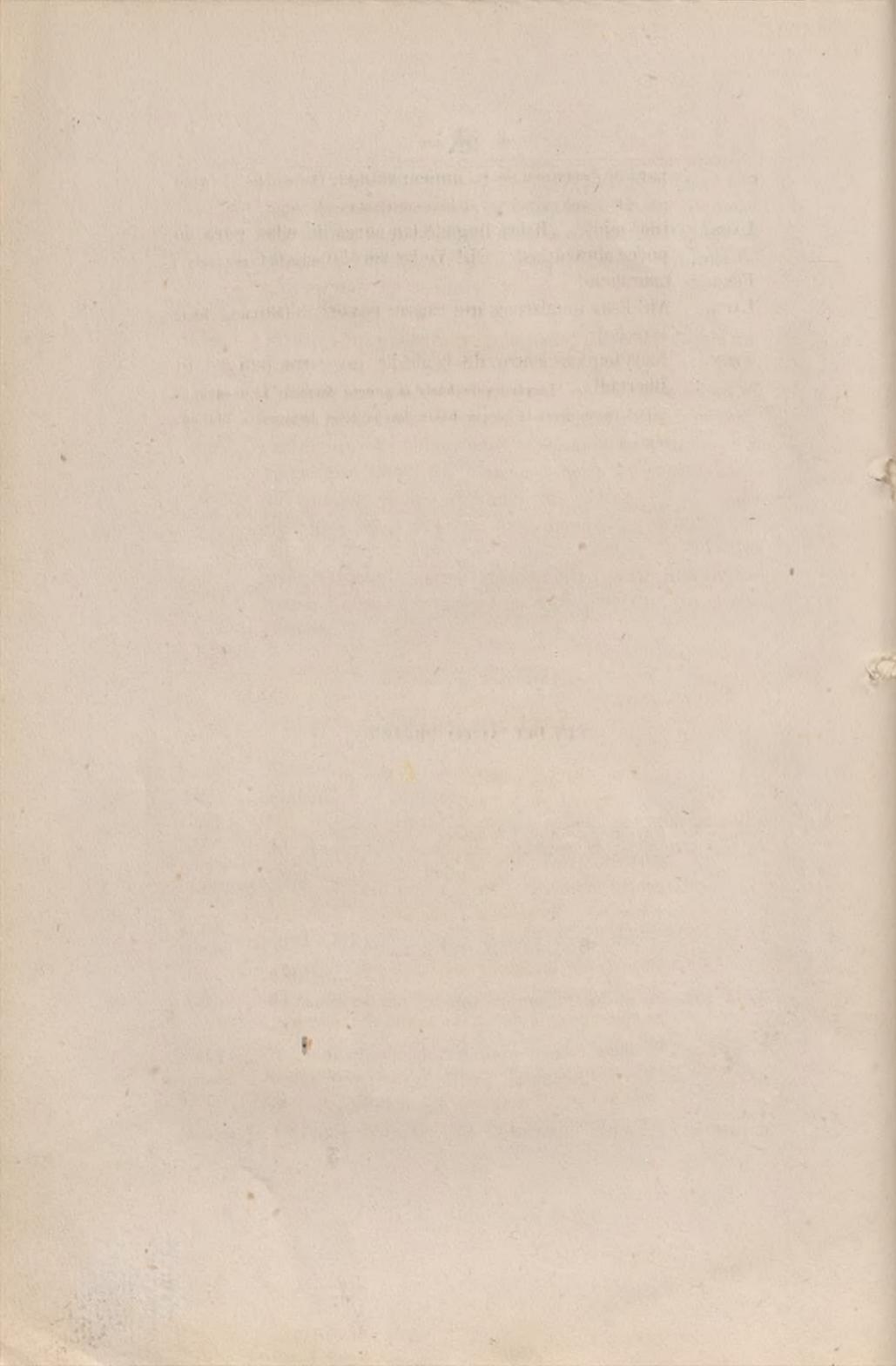
LAUR. Dios mio!... ¡Habré llegado tan cerca de ellas para no poder abrazarlas!... Oh! Yo las veré! (Cogiendo la escopeta.)

FERN. Laurencio!

LAUR. Ah! Esos gendarmes me causan pavor!... (Mirando hácia el fondo.)

FERN. Nada temas: dentro de la abadia no corre peligro tu libertad!... (Llevándosele hácia la puerta derecha: Laurencio no dejará de mirar á la puerta hasta desaparecer de la vista del público.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

Sala con puerta en el fondo: otras dos laterales, un balcón y chimenea.—Muebles de lujo: una jaula con cotorra artificial.—Al levantarse el telón, Elisa y Fernando estarán sentados en un *vis-à-vis*, hablando en voz baja, junto á la chimenea: Consuelo, en el balcón, talarcando á la cotorra.

ESCENA PRIMERA.

ELISA, CONSUELO, FERNANDO.

FERN. Perdonad, Elisa, si aún insisto. No podeis negaros á una entrevista. Por abyecto, por delincuente que Laurencio aparezca á los ojos del mundo, las leyes divinas y humanas no le han despojado del derecho que vos le otorgasteis al hacerle vuestro marido. Aún puede gritaros desde la reja de su calabozo: «Mujer, tú á quien elegi por compañera, descende hasta tu esposo: ven á rendirle cuenta de tu fe jurada; del sagrado depósito de mi hija.»

ELISA. Ah!... silencio, por piedad!... Esa inocente niña... la hija del Doctor, ignora mi pasado: si llegase á conocerle me retiraria su estimacion.

- CONS. (Canta en voz baja el wals.) Tara-la-tara-la... Cotorrita, que voy á enfadarme contigo!
- FERN. Elisa, ved que los momentos son preciosos. Laurencio está aguardándome con impaciencia. Si tardo más en volver, se arriesgará á venir en medio del día, y puede ser reconocido y preso...
- ELISA. (Levantándose.) Ah!... sí!... Corred á decirle que me faltan valor y resignación para verle, pero que deseo su libertad; que huya lejos de mí...
- FERN. Temo que mis esfuerzos sean inútiles. Si al menos en una sentida carta, vos misma le dijeseis los motivos que os impiden verle...
- ELISA. Ah!... sí!... Teneis razon. Torpe anduve en no pensar en ello. (Ap.) (Una carta se medita... Se miente si es preciso...) Aguardad: voy á escribirla, y vos mismo la llevareis.
- FERN. Gracias, Elisa, en nombre de Laurencio: un consejo vuestro, una sola palabra cariñosa, han de obligarle más que todo cuanto yo pudiera decirle.
- ELISA. Aguardadme aquí. (Se dirige á la puerta izquierda. Consuelo, que la ve marcharse, corre hácia ella.)
- CONS. Elisa!... Elisa!... ¿Qué te he hecho yo para que así te escapes sin darme un beso?
- ELISA. Volveré al instante, señorita.
- CONS. Señorita?... Ah!... Cuando digo que eres una ingrata!... Vea usted qué seriedad!... Pues no ha de valerte. Toma! mal genio!... otro! otro!... (Besándola.) y cien besos más!... ¿Y no me los devuelves?
- ELISA. Yo...
- CONS. Qué tonta eres!... Todo eso es porque estais vos delante; por echármela de aya regañona.
- ELISA. No; es que voy á... necesito disponer labor...
- CONS. Labor?... Ni que lo pienses!... Hoy no se borda!... Es preciso consagrar todo el día al piano, y la cotorrita... (Huy! por poco se me escapa nuestro secreto!) (Á Elisa, mirando á Fernando.)
- ELISA. Dispensadme, Consuelo; tengo que dar órdenes á Ceci-

lia... decir á Giuseppe que prevenga el cabriolé á vuestro padre... porque hoy debe salir más temprano que otros días...

CONS. Á alguna consulta, eh?

ELISA. Sí... Pierroto ha venido á avisar que su madre, la viuda Catalina, estaba agonizando...

CONS. Ah!... Ya comprendo!... Y por eso lloras?... ¿Te aflige la suerte de esos tres huerfanitos?... ¡Pobre Elisa!... Cuán buena eres!... Yo te daré para ellos todo el dinero que tengo en mi hucha!... cinco escudos!...

ELISA. Ah!... teneis un excelente corazon!...

CONS. Alaba más bien el de papá, que me los pone allí para hacer limosnas. Pero no llores más, ó me enfado contigo.

ELISA. Yo?... no...

CONS. (Remedándola cómicamente.) Tú?... sí... Hé ahí una lágrima que aún rueda por tu mejilla, y que no me dejará mentir.

ELISA. Os aseguro que...

CONS. Vamos, no te aflijas más, y concédeme ahora una de aquellas risitas con que tú sueles alegrarme cuando estamos solas.

ELISA. Hija mía! (Sonriendo y enjugando sus lágrimas.)

CONS. Eso me gusta. Hija mía! Así quiero yo que me llames siempre. Como me diría mamá si aún viviese. Pobrecita! yo la maté al nacer!... Soy una mala hija!... ¿No es verdad, don Fernando? (Afligida.)

ELISA. Señorita, os prohibo recordar...

CONS. Oh!... ¿Por qué no eres tú mi madre?... Entonces, yo no tendria que llorar la que está en el cielo, ni ménos acusarme de quererte casi como la quiero á ella. (Colgándose á su cuello y besándola.)

ELISA. Yo vuestra madre!... Pues bien, hija mi!... (Ah, no!... Que lo ignore siempre!) (Enternecida va á abrazarla, pero se contiene, y haciendo una brusca transición, se entra corriendo por la puerta de la izquierda.)

ESCENA II

CONSUELO y FERNANDO.

- CONS. Eh! Ya escapó como una loca!
- FERN. (Ap.) (Se aumentan mis dudas...)
- CONS. Lástima que un juego tan bonito, que tan bien empieza, acabe tan mal! (Mirando con tristeza á la puerta por donde se fué Elisa.)
- FERN. (Ap.) (No sé qué debo pensar de lo que aquí he visto.)
- CONS. Ya veis, don Fernando, lo que nos acontece á mi aya y á mí?.. Pues todo el dia estamos lo mismo... Siempre disputando por cuál de las dos quiere más á la otra...
- FERN. Por supuesto que Elisa?..
- CONS. Acaba por darme la preferencia... Vaya!... y podia no... Primero porque es verdad que yo la quiero mucho!... Tanto como á papá!... y luego porque sabe que éste ha mandado que nadie me contrarie... ni me aflijá!...
- FERN. Muy bien dispuesto: la alegría en los niños da más realce á sus gracias y encantos.
- CONS. Á propósito de gracias: sabed que estoy preparando una á mi papá que ha de estimar en mucho: Vereis... Pero cuidado con que vayais á contárselo?..
- FERN. Mi palabra de honor que os guardaré el secreto. (Sonriéndose.)
- CONS. Bien; pues contando con tal promesa... Mirad esa cotorra... ¿La veis tan dócil que parece una palomita?... (Rascándole la cabeza por entre los hierros.)
- FERN. Ya veo que es preciosa...
- CONS. Pehst!... en cuanto á su plumaje... pero en lo demas es una solemne hribonaza.
- FERN. Oiga! ¿Y por qué?
- CONS. Cinco dias llevo enseñándole un wals, que Elisa ha compuesto al piano, que yo he de cantar, y esta pícara talarearle con su voz de vieja, y nada, se hace la sorda y no quiere aprenderle.

- FERN. Já! já! já!
- CONS. Por más que yo le digo... «Cotorrita, que nos va á faltar tiempo; que se acerca el cumpleaños de papá, en que hemos de festejarle filarmónicamente.» Nada... la muy burlona sólo contesta: *No quiero ir á la escuela, ah! ah!* ¿No os parece que esto es portarse como una tonta desagradecida?
- FERN. Con efecto; es un crimen que no tiene nombre.
- CONS. Oh! y que no dejaré sin castigo. Por lo pronto la condeno á dieta de guindas y confites: veremos si así...
- FERN. Perfectamente!... El loco por la pena es cuerdo. ¿Que-reis ahora, bella Consuelito, guiarme al estudio de papá? (Dirigiéndose al foro.)
- CONS. Con mil amores. Venid, por aquí llegaremos ántes. Pero cuidado no se os escape una sola palabra que revele la conjuración que hemos tramado Elisa, la cotorra y yo?...
- FERN. Vuelvo á aseguraros de mi discreción. (Sonriéndose.)
- CONS. Cuéntale tú lo que has oído ahora y te encerraré tres días en el cuarto oscuro. (Volvándose á la jaula: despues se marcha con Fernando, volviéndose desde la puerta para amenazar con la mano á la cotorra.)
- FERN. Já! já! já! Vamos?
- CONS. Lo dicho... Como me enfades irás á hacer compañía á los ratones. Sí, sí! Veremos quién puede más de las dos.

ESCENA III.

El ABAD, LAURENCIO y un CRIADO. Laurencio llevará el mismo traje que en el acto anterior. El Abad sale apoyado en el brazo sobre el hombro de Laurencio y en una muletila de mano.

- CRIADO. Tened la bondad, monseñor, de aguardar aquí mientras os anuncio á mi amo. (Se marcha.)
- LAUB. No veo á Fernando .. (Mirando al interior por todas las puertas.) Tampoco á Elisa... ni á mi Laura... ¿Está desierta esta casa?... ¡Ira de Dios!..

- ABAD. No jureis!... Y otra vez os recomiendo la mayor cordura.
- AUR. No temais, hoy deseo conservar una existencia que ayer me era insoportable. Despues de haberme vos asegurado que la hija del Doctor no existe, ha renacido en mi pecho la esperanza de encontrar á mi Lauretta junto á su madre.
- ABAD. No deis pábulo, sin embargo, á conjeturas que pueden muy bien frustrarse; falta aún que vuestra esposa las confirme.
- LAUR. Oh!... Dejadme á mí el cuidado de interrogarla. Pero... la impaciencia me consume!... ¿Se negará el Doctor á recibirnos?
- ABAD. Chist!... Callad delante de ese criado.

ESCENA IV.

DICHOS, y un CRIADO. Á poco CONSUELO.

- CRÍADO. Monseñor, mi amo me manda deciros si tendreis la bondad de pasar á su gabinete.
- ABAD. Vamos y guiadnos á él. (Se apoya en el hombro del criado y se dirige á la puerta derecha. Al llegar á ella se presenta Consuelo: Laurencio entónces estará mirando al interior de la puerta derecha, y al oír la voz de la niña vuelve la vista hácia ella; al verla deja al Abad y retrocede.)
- LAUR. Ah! Será ella? (Extasiado mirándola.)
- ABAD. Prudencia, por Dios!...
- CONS. Bien venido seais á esta casa, monseñor! (Besándole la mano y sin reparar en Laurencio.)
- ABAD. Bendigaos el cielo, hija mia. (Poniendo su mano sobre la cabeza de Consuelo.)
- CONS. He oído anunciar vuestro nombre al criado y vine corriendo para que me bendijeseis.
- LAUR. (Dios mio!... Cuán hermosa es!... ¿Será mi Lauretta?)
- CONS. Mucho me alegro de vuestro alivio, monseñor. Hace ya muchos dias que no os veíamos en los oficios: mi ayá

me contó que estábais muy enfermito, y ambas hemos rezado porque Dios os pusiera pronto bueno.

ABAD. Premiaros le plazca tanto interés y caridad, niña hechicera. (Besándola en la frente. Despues hace señas al criado— que ha permanecido en el dintel—para que se acerque; y apoyado en su brazo se marcha con él. Consuelo, despues de haber besado la mano al Abad, saca del bolsillo una caja de bombones y se acerca á la jaula de la cotorra.) No venís? (Á Laurencio, que habrá permanecido estático mirando á Consuelo desde lejos.)

LAUR. No, dejadme aquí. (Distraido.)

ABAD. Vuelvo á recomendaros la prudencia. (Al criado, y se van los dos por la puerta derecha.) Guiadme vos...

ESCENA V.

LAURENCIO y CONSUELO.

CONS. De las flores, los primores... (Cantando cerca de la jaula.)

LAUR. Ah! imposible contener los latidos de mi corazon!.. Salírseme quiere del pecho al contemplar este ángel que puede ser mi hija!

CONS. Míralos... ¿los ves?... Aquí tienes los confites; pero no los catarás como no te enmiendes... Veamos y canta conmigo... «Lara... la... tra...»

LAUR. Perdonad si yo... (Acercándose.)

CONS. Ah!... (Volviéndose asustada.)

LAUR. ¿Sereis tan amable que querais escucharme dos palabras, bella señorita?

CONS. Yo?... Qué pretendéis de mí?... Necesitais limosna? Bien: voy á pedirle á mi aya para vos... (Movimiento negativo de Laurencio.) ¿Estais enfermo?... Sí; bien se os conoce: entrad, pues, por allí al gabinete del Doctor, y él os curará como á todos los pobres. Qué haceis? No vais?

LAUR. No. Yo no necesito más que veros, oír vuestra voz, mirar vuestro semblante extasiado de gozo!

CONS. Vaya!... pues me gusta! Con estos ojos tan relucientes como dos ascuas?...

LAUR. Ah! es que yo...

- CONS. Apartadlos de mí os digo! Siento que me queman vuestras miradas. (Cubriéndose el rostro con las manos.)
- LAUR. Es que reflejan la amorosa llama que arde en mi pecho!... Miradme vos tierna y cariñosa, y bien pronto vereis mitigado su fulgor: Ah!... Miradme compasiva!
- CONS. Quisiera, pero... si... ¡ay! no puedo... no! Me causais horror! (Gran sensación en Laurencio.)
- LAUR. Ah!... horror? Dios mío!... Cuán cruel suena esa palabra en vuestro labio! No os vayais, por piedad! (Viendo que se va Consuelo.)
- CONS. (Cuidado si es temoso!...)
- LAUR. Dejadme contemplar en vos la imagen adorada de una hija mia que anhelante busco.
- CONS. Ah!... Vos teneis una hija? (Con amabilidad, quitándose las manos del rostro.)
- LAUR. Sí, de vuestra misma edad. Que hoy sin duda os iguala en candor y hermosura.
- CONS. ¿Y la vais buscando?... Deseais verla? (Acercándosele.)
- LAUR. Como la luz el ciego!
- CONS. Vamos! ya eso me tranquiliza... porque un padre amoroso es imposible que sea un malvado.
- LAUR. Ah!... yo seria el mejor de los hombres si á Dios pluguiese devolverme mi hija.
- CONS. ¿Y cómo es que la habeis perdido?
- LAUR. Porque... Ah!... en vez de interrogarme, dejad que confirme en vuestra celestial mirada, en vuestra cándida sonrisa... mi más grato deseo... Sí!... sí!... tú eres mi... (Mirándola fijamente) (Pero ¡ah!... soy un insensato! (Alejándose de ella.)
- CONS. (Ap) (Qué tendrá este pobre hombre?)
- LAUR. ¿Cómo es posible recordar lo que nunca se vió? Cómo ha de semejar el rostro de esta niña el de aquella que hace nueve años arrullé en su cuna?... ¿Cómo os llamais, encantadora niña? (Acercándose á ella.)
- CONS. Me llamo Consuelo Palmieri de Castelfido.
- LAUR. Consuelo?... Ah!... temo que ya no podais serlo mío! (Afligido.)

- CONS. No os gusta mi nombre? Pues es muy bonito!
- LAUR. Cuánto diera yo porque os llamáseis Laura?
- CONS. Oiga!... y por qué?...
- LAUR. Ah!!... porque ese es el nombre de la que yo he perdido!... Oh!... si viéseis cuán graciosa y bella la dejé en brazos de su madre!... ¿Nadie os ha hablado aquí de la hermosura de mi Laurretta?
- CONS. No, nadie... ¿Y quién pudiera?... ¿Mi papá tal vez?... La ha conocido?...
- LAUR. No, pero vuestra madre tal vez...
- CONS. Ah!... mi madre murió al darme la vida! ni aun alcancé la dicha de darle un beso!
- LAUR. (Grosero engaño que viene á acrecentar mi horrible duda!...)
- CONS. (Dios mio!... Ya vuelvo á temblar!... ¿Estará loco este hombre?)
- LAUR. (Si la niña Consuelo murió... Si esta no es mi Laura... si es hija del Doctor... ¿De qué madre ha nacido? Oh! qué infernal idea viene á atormentarme!...)
- CONS. (Ap.) (Qué estará pensando?)
- LAUR. (Debo estrechar en mi seno esta criatura como un pedazo de mi alma, ó ahogarla entre mis manos como prueba evidente de mi deshonra?)
- CONS. (Ay!... cada vez se pone más furioso!... Yo me escapo!...)
- LAUR. Quieta ahí!... (Bruscamente é impidiéndola el paso.)
- CONS. Ah!... (Quédase inmóvil y asustada.)
- LAUR. Me habeis causado mucho mal, diciéndome que os daba horror... y es preciso que ahora me... (Mirando en derredor suyo para asegurarse que no pueden verlo.)
- CONS. No os enojeis .. Yo siempre digo lo que siento... Dejad que me vaya. (Cuando va á marcharse él la detiene.)
- LAUR. No os marcheis, repito...
- CONS. Dale!... Os digo que tengo miedo de estar aquí con vos.
- LAUR. Es necesario que cureis la herida que vuestro desvío ha abierto en mi corazón.
- CONS. Y cómo?

- LAUR. ¿No habeis dicho que el padre que busca á su hija no puede ser malvado?... Pues bien; yo vengo amoroso en busca de la mia... Sedlo vos: llamadme vuestro padre!...
- CONS. Yo? No.
- LAUR. Si. Permitid plácida que imprima un beso en vuestra cándida frente!...
- CONS. Oh! no!... no!... jamás!... Repito que me causais horror! (Vuelve á cubrirse el rostro con las manos.)
- LAUR. Otra vez tan fatídica palabra?... Pues bien, desafio su augurio, y á pesar vuestro... (Con vehemencia y acercándose á ella.)
- CONS. Elisa!... Papá!... venid á mi socorro!... Padre!... Padre, Elisa... (Corriendo y guareciéndose detrás de los muebles de la persecucion de Laurencio, que la impide marchar.)
- LAUR. Callad, miserable y orgullosa criatura!... (Fuera de si y amenazándole.)
- CONS. Ah!... No me hagais daño!... (Juntando las manos con ademán de súplica.)
- LAUR. Cedé á mi ruego ó... (En el mayor arrebató de ira.)

ESCENA VII.

DICHOS, ELISA.

ELISA. Ah!...

LAUR. Ah!...

(Consuelo lanza un grito, y al ver en la puerta izquierda á Elisa corre hácia ella; ésta, desde el dintel, grita viendo á la niña amenazada por Laurencio; éste, al grito de Consuelo vuelve la cabeza, y viendo á Elisa da un paso para acercarse á ella cariñoso; pero Elisa, temiendo por Consuelo, que ya está á su lado, la coge violentamente en brazos y la mete dentro de la habitacion, cerrando apresurada la puerta, y extendiendo ademas los brazos delante de ella para guardar la entrada. Laurencio, al ver la accion y actitud que conserva Elisa, permanece á distancia de algunos passos, mirándola y aguardando una palabra afectuosa: pasados algunos mo-

mentos extiende los brazos hácia ella con ademán de súplica: Elisa permanece inmóvil y fría como una estatua.)

LAUR. Elisa!... Elisa mía!... (Elisa horrorizada vuelve su rostro al lado opuesto en que está Laurencio; éste observa su movimiento y exclama con dolor) (Ah, desgraciado de mí, que también he perdido su amor!) (Breve pausa, en que procura serenarse y hablar tranquilo.) Extraño recibimiento el tuyo. No parece sino que mi presencia aquí es la de un ser abortado... La de un fantasma acusador! Ni aun la sorpresa de mi llegada puede disculpar tu glacial silencio!... Porque Fernando te la ha dicho!... Tú me aguardabas... Debias suponer mi ansiedad por inquirir lo que há tanto tiempo ignoro... (Elisa le enseña una carta, Laurencio se aproxima y la recoge.) Qué es esto? Una carta? Ingenioso modo de responder!... ¿Pero sabes tú si este papel contesta... todas las preguntas que yo he de hacer? (Leve movimiento de cabeza en Elisa.) Oh! Comprendo!... es verdad. Hay silencio más elocuente que la palabra, y del tuyo adivino, que este papel, más que francas y leales respuestas, contiene sólo acerbas recriminaciones, crueles y desnudas verdades, que tu inexorable rencor se complace en arrojarme al rostro. Sea en buen hora; pero como en vez de fiar tu enojo al labio, lo encomiendas cobarde á la flexible pluma; y como quiera ésta obedece más á la cabeza que al corazón, habrás de permitirme que yo prefiera oír los sentimientos del tuyo, bien acentuados por tu propia boca. (Guarda la carta.) Procedamos, pues, con calma, y plegue á Dios que la mía no me abandone cuando más la he menester. Impórtame que digas ántes de todo, si esa niña, que has encerrado ahí, es por ventura mi querida Laura.

ELISA. Qué?... ¿No os ha dicho ella misma llamarse Consuelo y ser la hija del Doctor Palmieri? (Balbuceando temerosa.)

LAUR. Del Doctor!... Con efecto; (Duda y sarcasmo.) así lo ha dicho, y como ella, también me lo ha asegurado Cottarelli!... ¿Pero participas tú de su creencia?

- ELISA. Y qué motivos pudieran obligarme á creer otra cosa?
- LAUR. Uno muy poderoso que voy á explicarte. Monseñor Santarelli me ha manifestado auténtica y expedida en Catania, la partida de defunción de Consuelo Palmieri, hija legítima del Doctor, y *única*, que como tal, se halla inscrita en el registro de nacimientos de la abadía de Castrogiovane.
- ELISA. Podrá ser cierto lo que decís; pero si existe algún misterio en la procedencia de la niña Consuelo, no me incumbe á mí, ni creo que á vos tampoco averiguarlo. Al proponerme el Doctor el cargo de aya de su hija le creí dispensado de acreditarme su legitimidad. Yo carecía de pan, y acepté para vivir el que generosamente me ofrecieron en esta casa, sin preguntar quién yo fuese ni de dónde venía. Agradecida á tal favor, sólo pensé en ganar honrada y decorosamente mi salario.
- LAUR. Ah!... Tu salario?... (Irónico.)
- ELISA. Sí; con la limosna que mi tierna hija y yo recogíamos en la puerta de un café, de un teatro, no pudimos alimentar nuestros cuerpos, cubrir sus desnudas carnes, ni menos aún pagar un techo donde guarecernos del frío de la noche.
- LAUR. Es verdad. Al remachar el verdugo mi cadena, me privó legaros otra herencia que el oprobio y la ignominia! (Sumamente afectado.) Bien me figuro tu dolor, viendo sufrir á nuestra pobre y delicada hija los tormentos del hambre! Pero Dios en su infinita bondad habrá querido darle fuerzas para resistirlos, para vivir aún; y hoy?... ¿Supongo que nada debemos temer por su preciosa vida?... (Balbuciente de temor.)
- ELISA. No!... nada!... (Friamente.)
- LAUR. Dios mío! Me asusta... me hiela tu modo de responder: dímelo sin rebozo. ¿Por qué no la veo junto á tí? Acaso está enferma?... ausente?...
- ELISA. Tu hija es más dichosa que su infeliz madre!
- LAUR. Pero dónde está?... Habla!... Qué ha sido de ella?... Dónde se encuentra ahora? Quiero saberlo... (Con mar-

cada anisidad. Elisa levanta sus ojos y manos con solemnidad. Laurencio como herido de un rayo, lleva sus manos al corazon: dobla su cabeza, y con paso vacilante busca el sillón inmediato y se apoya en su respaldo.) Muerta!... Oh!!... acabó ya toda esperanza! Roto ha sido el único lazo que á mí te unia... y sobre mi conciencia, pesa ya un crimen más! (Momento de silencio.) Pero no... Es imposible lo que tu... No, no! Mi corazon me grita que me engañas!... Vive mi Laura, sí! No hay en el mundo una sola madre que con tal indiferencia puedes recordar la muerte de su hija, ni menos aún pueda referirla sin lágrimas á su angustiado padre. Elisa! Elisa! (Amenazante.) Apresúrate á decirme que has mentido, ó muéstrame la prueba de que hablas la verdad.

ELISA. Id á Catania, y exigídsela á quien puede dáosla.

LAUR. Oh! sí por cierto, y pronto. Hoy mismo iremos los dos á reclamarla.

ELISA. Allí os dirán los tribunales que un homicida no tiene derecho á pedir cuenta ni razon de una familia á la cual renunció por el placer de cometer un crimen, y que despues tuvo olvidada por tan largo tiempo.

LAUR. Qué renuncie á ella?... Dios mio! ¿Y eres tú la que tal cosa se atreve á decirme?... ¿Por quién, si no por tí y mi Laura, por el temor de perderos pude yo convertirme en cobarde asesino? ¿Por qué, si no por el amor que os tuve, arrastré con resignacion ocho años mi pesada cadena?... Ah! Sin la dulce esperanza de veros algun dia, pronto hubiese estrellado mi cráneo contra los muros de mi calabozo! ¿Qué yo te tuve olvidada?... Oh! Esa palabra en tu boca es un sarcasmo horrible!... Qué uso he hecho yo del primer momento de mi libertad?... Pobre y enfermo, correr en busca tuya á través de inmensos obstáculos, de inminentes peligros, por sólo tener el consuelo de abrazar una vez más á la mujer que adoro!... Aquella, ¡ay Dios! que tan cortos instantes tuve la dicha de poseer. Oh! Elisa? mi idolatrada Elisa!... Tú que tanto me amaste un tiempo; tú

cuyo corazon es noble y generoso, perdóname magnánima!... Imita la más grande y sublime de todas las mujeres!... «*La del fratricida Cain besó amorosa aquella frente maldecida de Dios, y Dios bendijo la mujer de Cain!*»

- ELISA. Laurencio!... Mi rencor se ha extinguido; pero no me pidas vencer un imposible. (Le da la mano para que se levante.)
- LAUR. No; no lo es; absuelve y ámame y todo es fácil aún. Si rehusas llevar mi nombre envilecido, sígueme á lejanas tierras, y en breve mi paleta y mis pinceles habrán de conquistármele ilustre y envidiado.
- ELISA. Y al cambiar de pais y de nombre, trocarías tambien tu indómita fiereza? ¿Perderia yo la memoria de nuestro horrible pasado? ¿En qué remoto clima no surgirian en medio de nuestra aparente felicidad, los ensangrentados espectros de mi hermano y padre?
- LAUR. Ah!... No me recuerdes la fatal historia que me cerró las puertas de un Paraiso!... (Suplicante.)
- ELISA. Sé justo, Laurencio, y no pretendas imponer á mi corazon sentimientos y sacrificios opuestos á tu propia conciencia. Harto desgraciada me hiciste ya!... Déjame, pues, tranquila llorar mi triste suerte, y sigue tú la senda que te trazó el destino. (Breve pausa: despues de la cual Laurencio exclama iracundo.)
- LAUR. Su influjo nos unió para siempre: él aquí me ha traído, y no hay poder en la tierra bastante á separarnos.
- ELISA. Y serás tan cruel que á pesar mio?...
- LAUR. ¿No comprendes que despues de oír tus mal disfrazadas mentiras, de penetrar en tu deseo, no puedo ya consentir que ni un sólo instante más permanezcas en esta casa, vil padron de mi afrenta y de tus livianidades?...
- ELISA. Laurencio!... Todo lo esperaba y temia de tí menos tan bajo insulto! Pero ¡ah! bien haces: ultrájame inelentemente: yo te di ese derecho. La hija que procede con sus padres cual yo procedí con los míos, bien merece

que los más despreciables seres del mundo la insulten y escarnezan. Ganado se lo tiene! Ah! (Llorando.) Natural es que tu voz y denuestos se junten á los de mis calumniadores. Á tí te toca salpicarme el fango que ellos hasta ahora sólo se atrevieron á remover en torno mio!... (Sollozando.)

LAUR. Eh!... Basta ya de hipócritas sutilezas!... (Acercándose iracundo.) Si es cierto que Laura murió; que nada te liga á este país de maldicion para nosotros, ven y sígueme lejos de aquí... Evítame la presencia de un hombre que aborrezco sin conocerle... ó vive el cielo que no respondo de mi templa! (Mirando en derredor suyo.)

ELISA. Laurencio!... (Aterrada.)

LAUR. Sí! no ignoras que mi cabeza no siempre está subordinada á la razon? (Exacerbado.)

ELISA. Qué?... Serias capaz de un nuevo crimen?

LAUR. ¿Y cuya fuera la culpa, sino del imprudente que se atreva á pisar el aspid irritado?... Pronto, sálvame y sálvame de mi cobarde envidia, de mis rabiosos celos!... Ven... (Asiéndola de la mano y queriendo arrastrarla consigo. Elisa se resiste y cae de rodillas.)

ELISA. No!... ten compasion de mí?

LAUR. Vendrás. .

ELISA. Ay!... me lastimas!...

LAUR. Oh! (Levantando la mano para pegarle: pero avergonzado de su accion se muerde la mano que levantó para amenazar.) Soy más que asesino... soy un miserable!...

ESCENA VIII.

DICHOS, FERNANDO, el ABAD y el DOCTOR.

FERN. Laurencio!... (Gritándole desde la puerta. Detrás de él sale el Doctor sosteniendo al Abad, que se apoya en su hombro.)

DOCT. Caballero!... Olvidais estar en mi casa?... Que esa señora pertenece hoy á mi familia?... Que es digna de nuestro respeto, y que nosotros todos hemos de ampa-

- arla contra vuestra grosera incivilidad?
- LAUR. Me hallais reclamando derechos que me pertenecen y no os concedo á vos el de interpretar la buena ó mala forma que empleo al reclamarlos.
- DOCT. Eso trataremos ahora tranquilamente los dos si teneis la condescendencia de escucharme... Señores... Elisa, (Invitándoles á que se marchen.) tened la bondad de dejarnos un momento.
- FERN. Vuelvo á la abadía á disponer lo necesario para el viaje? (Al Abad.)
- ABAD. Sí. (Fernando saluda á Palmieri; éste le acompaña hasta el foro.) Es preciso que mañana mismo dejen ambos esta casa. Elisa, conducidme donde pueda hablaros
- ELISA. Oh! sí. Yo tambien necesito que el sacerdote me oiga en penitencia. (Se entran los dos por la puerta izquierda. El Doctor echa los pestiños y llaves á todas las puertas. Laurencio le observa.)

ESCENA IX.

LAURENCIO, el DOCTOR.

- DOCT. De vuestra llegada anoche á la abadía me ha enterado ahora don Fernando; de modo que despues de tan inesperado acontecimiento, no he tenido ocasion de hablar de él á vuestra esposa. Pero como quiera que Elisa y yo siempre hemos creido posible—si bien difícil—vuestro indulto ó vuestra fuga, combinado teniamos nuestro plan para el caso de que una ú otro llegaran á realizarse.
- LAUR. ¿Y puedo, señor mio, saber el propósito de semejante concierto? (Conteniéndose apenas.)
- DOCT. No seáis impaciente, y haced por escucharme con más tranquilidad. (Toma una silla y le ofrece á Laurencio, que no la acepta.)
- LAUR. Mucho exigís de mí, y debo advertiros que los limites de mi paciencia son harto escasos... y la ocasion presente no muy seguro valladar para tenerla á raya. Por

- otra parte, sospechando estoy, caballero, que vais á darme satisfacciones que aún no os he pedido, y no he de permitir os semejante agravio... (Movimiento del Doctor para interrumpir.) No cambiemos, pues, nuestros respectivos papeles, y acorde vos con el vuestro, limitaos á contestar lisa y llanamente mis preguntas.
- DOCT. Sea como quereis. Mi frecuente asistencia á la cabecera del enfermo, tiéneme acostumbrado á tolerar las extravagancias é impertinencias del que sufre. Proseguid vos, yo escucharé. (Sentándose.)
- LAUR. La primer extravagancia que á mí se me ocurre, señor Doctor, es exigiros la partida de bautismo de vuestra hija.
- DOCT. Me pedís lo que no puedo daros, porque yo, actualmente, no tengo hijo alguno.
- LAUR. Que no le teneis?... Pues entónces ¿cuya es esa niña que sirve de pretexto para que Elisa viva en vuestra casa?
- DOCT. Esa niña, que todo el mundo, y aún ella misma cree ser mi difunta Consuelo, es vuestra hija Laura.
- LAUR. Laura?... Cielos!... Mi hija vive? Acabo de verla!... Ah!... Este momento de placer compensa mi pasado dolor. (Próximo á desmayarse se sienta.) Pero?... Ah!... las fuerzas me abandonan; mi razon se turba... Y ahora necesito, quiero vivir!...
- DOCT. (Levantándose á socorrerle.) Valor!... Pensad sólo en la dicha de haber hallado vuestra Laura.
- LAUR. Oh!... cuán hermosa es!... Pero... ¿por qué me ha mentido Elisa tan cruelmente? Por qué mi hija os cree su padre, y como á tal os ama?... Veamos?
- DOCT. Ya lo hubierais sabido si...
- LAUR. No; no me lo digais. ¿Qué importa ya saberlo? Vos me habeis conservado mi hija, me la restituís, y esto me basta. ¿Para qué ya otro bien que poseerla? Gracias, caballero!... Gracias!... (Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.)
- DOCT. Fáltame deciros que si he tratado de granjearme el ca-

- riño de vuestra hija...
- LAUR. Yo os lo perdono... tambien á mi esposa haberlo tolerado. Yo mismo voy á decírselo entre mil besos á mi Laura, y... (Acercándose á la puerta.)
- DOCT. Un momento: os prohibo pasar el dintel de esa puerta hasta despues de oirme lo que aún tengo que deciros.
- LAUR. Qué?... ¿Acaso el *dueño* de esta casa quiere impedirme abrazar á mi hija y mi esposa? (Asombrado y con ira.)
- DOCT. (Con gravedad.) Fáltale saber si sois digno de ellas.
- LAUR. Eh!... Vive el cielo, que!... (Amenazando. El Doctor le impone con uua mirada fría y tranquila, y le invita á sentarse en el sofá.)
- DOCT. Tened la bondad de sentaros, y escuchadme con calma y suma atencion, que es harto grave lo que vamos á tratar ahora.
- LAUR. (La sangre fría, la mirada de este hombre me fascinan á pesar mio!) (Sentándose en el sofá. Los siguientes razonamientos del Doctor, las oirá sin énfasis, con ligereza y naturalidad.)
- DOCT. Hace ocho años que en Nápoles, una de esas levas que se acostumbran en las grandes poblaciones para recoger los mendigos que pululan por sus calles, trajo á Catania á vuestra esposa, con su tierna hija, al hospital que allí me estaba encomendado. Pronto hubieran sucumbido las dos—pues tal era su aniquilamiento—sin los cuidados y especiales remedios que, todos, en aquel benéfico asilo, nos apresuramos á prodigarlas. La niña particularmente, excitó en mí una irresistible simpatía, tal vez exagerada, porque en aquel entónces acababa yo de perder á mi hija, y esto á muy pocos dias del fallecimiento de su buena madre. Os llamo la atencion sobre esa circunstancia, porque bien sabeis que cuando el corazon se halla contristado... la cabeza preocupada y abatido el espíritu, la materia permanece indiferente y ciega aún á vista de los encantos de una belleza, que en otra ocasion hubiera subyugado súbitamente su albedrío. Por esta razon, la juventud y atractivos de

vuestra esposa, sólo inspiraron á mi alma aquel natural interés y compasion que experimentamos al ver sufrir á un inocente las funestas consecuencias de culpas que otros cometieron... (Movimiento de Laurencio.) Sí: érame conocida vuestra terrible historia. Pasado algun tiempo de lo que os vengo refiriendo, pude conocer y apreciar tal tesoro de virtud y abnegacion en aquella desventurada madre, que—os lo confieso ingénua y lealmente—á haber sido posible romper los lazos que á vos la ligaban, le hubiese ofrecido mi mano y buen nombre como único medio de rehabilitar el suyo, doblente mancillado por el vuestro y la calumnia.

LAUR. (Irónico.) Generosa resolucion que, si Elisa llegó á saber, no pudo ménos de estimar en mucho.

DOCT. Nada le dije, porque nunca me he obstinado en vencer imposibles. Hipocresia ó necedad es ofrecer un favor, cuando se sabe que no puede ser aceptado!... Respecto á vuestra hija, era el caso muy diferente. El cariño que la cobré, y que cada dia iba en aumento, no podia ser mal interpretado por la maledicencia: asi es que me entregué á él con toda la efusion de mi alma. Pero ¡ah! bien pronto á las caricias del padre adoptivo sucedieron los temores y alarma del médico. La débil constitucion de aquella niña; su esquisita sensibilidad; su precoz intelecto, presagiaban una muerte rápida y prematura á cualquier emocion violenta que llegase á experimentar. «Pobre Lauretta!—decíame yo consultando libros!—¿qué será de tí, flor impresionable, preciosa sensitiva, cuando con tus primeras y balbucientes palabras, preguntes de tu padre!—¿Quién fué?—repetirás una vez y otra á tu angustiada madre...»

LAUR. Ah!...

DOCT. Y la madre infelice, habrá de permanecer muda á sus ruegos; y temerosa, avergonzada, mirará en torno suyo, si hay álguien que imprudente descúbrale un secreto que ha de causar su muerte.

LAUR. Oh!...

- DOCT. Y por el silencio y la confusion de la madre, recelará la hija que en la historia del padre por quien suspira, hay algo de siniestro que no quieren decirle; y tal idea la perseguirá incesante hasta en sus sueños, acibarando cruel los más pueriles goces de su dichosa infancia!
- LAUR. (Horrible verdad!...)
- DOCT. Luego más tarde, transformada la niña en mujer: en el florido abril de venturosas ilusiones, cuando ya el alma virgen siente la necesidad de amar y ser correspondida ¿á qué objeto querido podrá ofrecerle cándida su puro y casto amor? ¿Cuál hombre que en algo se estime, no repugnará hacer su esposa de la hija de un presidiario?
- LAUR. Oh!... Basta ya!... Ved que hay verdades que no pueden decirse! (Intenta levantarse. El doctor le impone con su mirada.)
- DOCT. Estas tristísimas reflexiones me sugirieron una singular idea que no tardé en comunicar á vuestra esposa. Mi hija ha muerto, le dije: dejadme pues adoptar la vuestra, y que la dé mi nombre. La circunstancia de ser Laura y Consuelo de una misma edad, facilita y hace verosímil un engaño que ninguno ha de sospechar. Nada reveleis á vuestra hija, y ella misma habrá de creer en él. Resignaos á vivir á su lado como mera sirviente suya, y con este ardid las dos sereis felices: lo seremos los tres, porque yo en cambio de una buena accion, lograré la dicha de tener un ángel al lado del Señor, y otro en la tierra para mi consuelo. Esto dije hace ocho años á vuestra esposa, y á tal propósito hemos venido trabajando de consumo: juzgad ahora nuestra conducta como mejor os plazca. (Levantándose.)
- LAUR. No puedo menos de confesar que vuestro proceder ha sido noble y generoso, y tanto más laudable cuanto que según me habeis asegurado, no os movió el deseo ni la esperanza de obtener la más mínima recompensa. ¿No es así? (Se levanta.)

- DOCT. Perdonad, estais en un error. Anhelaba una, y suprema, que confio habeis de otorgarme.
- LAUR. Yo?... Ponéisme, Doctor, en dura alternativa, porque si interrogo á mi gratitud, exígua he de dárosla. Bien sabeis que el mérito de una buena accion disminuye proporcionalmente segun los derechos que á otros se usurpan para realizarla.
- DOCT. Es decir, que vos?...
- LAUR. Juzgo que llevásteis demasido lejos vuestro interés. Nunca debisteis olvidar que esa niña que os apropiáis como un juguete para *vuestro consuelo*, tenia un padre legitimo á quien dársele en su desgracia.
- DOCT. Túvelo harto presente, pero como un calabozo á perpetuidad semeja tanto á una sepultura!... Como el hombre muerto por ley civil, apenas se diferencia del que muere físicamente!... De todos modos, si violé un derecho que á vos pertenecia, si equivoqué mi cálculo, convenid á lo menos en que fué muy desinteresada y aún piadosa mi equivocacion.
- LAUR. Eso es lo que vais á probarme, (Con resolucion.) apresurándoos á repararla. Allí está encerrada mi hija con su madre. (Señalando la puerta izquierda.) Decidla, reveladla vuestra sutileza, vuestro inaudito engaño.
- DOCT. No debo hacerlo (Friamente.)
- LAUR. No? Yo mismo se lo diré á presencia vuestra, y cuidado con desmentirme... ó juro al cielo!... (Se dirige á la puerta. El Doctor se interpone delante de ella.)
- DOCT. Deteneos aún: meditad ántes la sentencia de muerte que vais á fulminar contra esa inocente criatura!... ¿Qué palabras encontrareis para decirle: (Animándose e. por grados.) El hombre honrado que respeta y ama como padre, no lo es tuyo... Yo, que soy un miserable, que reciente llevo el acardenalado estigma del grillete: yo, que estoy salpicado con la sangre de mi hermano, yo, yo soy tu padre.»
- LAUR. Oh!... Callaos por piedad si no quereis que muera de angustia, ó que ciego y desatentado acumule un cri-

- men á otro crimen!
- DOCT. Quereis que yo calle? Enmudezca, pues, vuestra ira y egoismo. Dejadme oír tan sólo, á vuelta de lastimeros ayes del amor paternal, los elevados sentimientos de un corazon grande y generoso. (Con entusiasmo.)
- LAUR. ¿Y qué quereis que ahora os diga el mio despues de habérmele envenenado y roto en mil pedazos fibra por fibra?... Ah!... sois inexorable en vuestro raciocienio!
- DOCT. Cumpló un deber sagrado!... Destruid vos si quereis con una sola palabra la existencia de vuestra hija, y renunciad impenitente á vuestra única y santa redencion! (Pasando y poniendo la mano en el pestillo de la puerta.)
- LAUR. Ah!...
- DOCT. Dios os ve y os oye. Si aún persistis en desafiar su cólera, preparaos, verdugo, á inmolar vuestra víctima!... (Abre la puerta y llama.) Elisa! Monseñor?... Tened todos la bondad de salir aquí.

ESCENA X.

DICHOS, ELISA, el ABAD y CONSUELO. El Doctor quedará esperando en el cintel para que Elisa, que sale la primera, pueda hablar con él. El Abate sale despues apoyado en Consuelo. Laurencio se retira al foro.

- ELISA. ¿Le habeis revelado?... (Con ansiedad al Doctor,)
- DOCT. (Todo. La muerte se cierne sobre la cabeza de vuestra hija!)
- CONS. Hola!... Papaito!... Gracias á Dios que al fin te has acordado de llamarme!... (Dejando al Abad y colgándose del cuello del Doctor y acariciándole.) Impaciente estaba por volver á verte!... ¿No sabes que yo no puedo vivir sin tí, ingrato papá?...)
- LAUR. (Qué tortura es esta, Dios mio!!...)
- DOCT. Pues no há mucho vi yo á la señora revoltosilla jugando en mi bufete con libros y cuadernos...
- CONS. Sí; yo tambien te vi mirándome de reojo, mientras hablabas con don Fernando... ese caballero que ayer me

- dió un susto!... Pero ay! papaito, hace poco he tenido aquí otro mucho mayor!...
- DOCT. Já! já! De veras?...
- CONS. Vaya!... como que si no viene mi aya á socorrerme... sabe Dios... Y tú, tan descuidado y perezoso, que por más que te llamé, no acudiste á mis gritos!...
- DOCT. Pero qué ha sido ello?... Cuéntemelo... la mimosilla... (Acariciándola.)
- CONS. Figúrate que yo vine á ensayar un vals á mi cotorrita... Ah!... torpe de mí... Ya se me escapó otra vez. (Tapándose la boca con la mano.)
- DOCT. Pero aturdida, acaba tu historia. (Sonriendo y acariciándola.)
- CONS. Voy... pero ven... siéntate aquí y yo en tus rodillas... *ajajá!* (Llevándole á que se siente en el sofá, y sentándose ella sobre sus rodillas.) Verás... Yo vine aquí tan contenta... y cádate que me encuentro con un hombre de muy mal aspecto... con unos ojos... y un... Debía estar enfermo ó loco... (El Doctor mira á Laurencio. Lo mismo Elisa. El Abad y Laurencio manifiestan el mayor dolor y abatimiento.) Loco más bien... porque figúrate que le dió la manía de abrazarme... de darme un beso. Ay!... qué miedo he pasado!... Qué horror de hombre!...
- DOCT. Bien; pero tú debiste mostrarte compasiva con un pobre enfermo... con un insensato, cuya razon no puede discernir. (Intencionadamente por Laurencio.)
- CONS. Oh!... si él me hubiese pedido otra cosa que un beso... (Con la mayor ternura.) Pero él quería que yo le llamase padre, y yo no puedo besar más que á Elisa y á ti, ni tener otro papá que tú, á quien tanto amo! Tú eres el padre que me dió el cielo... y pronto moriría si tú me faltases. (Abrazándole y besándole.)
- LAUR. ¡Cuánto me haceis sufrir, Dios mio, cuánto! (Sollozando sin poder contenerse.)
- CONS. Ah!... mírale ahí!... Ese es! Librame de él... papá!... (Á la exclamacion de Laurencio vuelve Consuelo la cabeza, y al verle se baja de las rodillas del Doctor y se esconde detrás del sofá.)

- DOCT. (Terrible castigo!)
- ABAD. (Desventurado padre!)
- ELISA. No temais, Consuelo. (Yendo á tomarla de la mano, la trae hácia Laurencio.) Este desgraciado no os quiere mal... No trata de haceros daño. ¿No es verdad? (Presentándola á Laurencio: Consuelo ha obedecido con repugnancia y volviendo la cabeza al lado opuesto.)
- LAUR. Ah!... No. (Cruzando sus manos con humildad y llorando.)
- ELISA. Per qué habiais de odiar á esta inocente niña que no os conoce, y cuyo buen corazon acabará por compadeceros y amaros?
- LAUR. Oh!... Si ella pudiese... (Llevando la mano al corazon.)
- CONS. Compadecerle, sí; amarle, no!... Me aflige, me hace daño su presencia!... (El Abad la toma la mano. Elisa suelta la que le tenia agarrada.)
- ABAD. Caridad, hija mia, caridad.
- CONS. Sí; pero, monseñor... Vámonos donde él no pueda mirarme más! (Tomándole de la mano. El Abad se va con ella, enternecido, por la puerta de la izquierda. Laurencio quedará en el mayor abatimiento. Elisa le contempla enternecida. El Doctor se acerca á él y le estrecha afectuosamente la mano.)
- DOCT. Cruel ha sido la prueba porque habeis pasado, y sublime vuestra abnegacion!... Ella os rehabilita á mis ojos, y sabrá conquistaros el amor (Dándole la mano.) de vuestra esposa. (Mirándola intencionadamente y entrándose por la puerta de la izquierda. Laurencio se sienta y solloza.)

ESCENA XI.

LAURENCIO, ELISA.

- ELISA. (Acercándose cariñosa) Laurencio!... amigo mio!... no así te entregues al dolor!... Considera tu quebrantada salud!
- LAUR. ¿Y qué te importa á tí mi vida ó mi muerte, mujer falaz y sin corazon?... ¿No vale más morir que saber que mi hija me aborrece y verla en ajenos brazos?... Ah!..

- Y decir que has sido tú, su madre, la que fria y calculadamente has preparado tamaña iniquidad!...
- ELISA. No me juzgues así, Laurencio; reflexiona que en la triste situacion á que me vi reducida, nada mejor pude hacer en pró del presente y porvenir de Laura.
- LAUR. Sí pudiste. Tu más imprescindible deber era no mentirle su origen ni mi nombre; atenuar mi crimen á sus ojos; acostumbrarla á mirar á su padre sin horror; á llorarle compasiva y pedir incesante á Dios, tuviese misericordia del pobre encarcelado. Esto fué lo que tú debiste haber hecho ántes que infundir en mi hija necias aspiraciones de orgullo y vanidad!—Un mentiroso y repugnante afecto, en vez del puro y santo que á mi tan sólo pertenecia... que tú me robabas!... Oh! Mi involuntario crimen no merecia tanta execracion; tan astuta y cobarde venganza. (Resuelto.) Pero no importa; hay castigos que ultrajan la humanidad!... y yo en su nombre, exijo reparacion del que imponerme quieres.
- ELISA. ¿Y cómo es ya posible evitarlo?
- LAUR. Entregándome mi hija. Diciéndola que es fuerza me ame; que Dios se lo manda...
- ELISA. Laurencio, ¿no la oiste decir que la separacion del que tiene por padre causaria su muerte?
- LAUR. No moriré. Yo la referiré mis penas y trabajos, mis remordimientos! Laura, que es buena hija, tierna y bondadosa, sabrá, como dijiste, compadecerme, ahora amarme, despues... Sí; yo necesito el amor de mi Lauretta para vivir!... Ella me consolará de no hallar en tí la mano piadosa que enjague mis lágrimas!... un seno amigo donde apoyar mi ya arrugada frente.
- ELISA. Laurencio! (Enternecida.)
- LAUR. Ah! Elisa! ten compasion de mí! que una vez, una tan sólo pueda yo estrechar á mi hija en mis amantes brazos... ay!... darla un beso!...
- ELISA. ¿Y cómo complacerte sin que ella se aperciba de lo que es preciso ocultarle? (Con humildad.)

- LAUR. Cruel eres conmigo! Niégasme un consuelo que tú disfrutas todos los días, á cada instante!... Cómo envidio tu suerte!...
- ELISA. Ah!... No! no la envidies! Desde que Laura pudo comprender mis caricias, sospechar de ellas, fuéme preciso ponerlas coto... suprimirlas despues; encubrir detrás del severo rostro de la indiferente preceptora, la insinuante sonrisa de la tierna madre. Sólo en el silencio de la noche, cuando ya ningun criado puede verme, me atrevo á llegar hasta el lecho de mi hija, para espiar su sueño y contemplarla á mi sabor. Si alguna vez el impulso de mi corazon, el de una fuerza irresistible, me decidieron á aplicar mis trémulos labios á los suyos, ¡ay de mí! súbito los aparté temerosa de que mis lágrimas y mis mal reprimidos sollozos acabasen por despertarla.
- LAUR. Misera esposa! Cuánto sufriste por mi culpa!
- ELISA. Ahora bien, Laurencio, ¿harás estéril un sacrificio que no tiene ejemplo en la historia de la infelice madre?... No: tú naciste honrado y generoso. Los buenos instantos de tu alma no pueden haberse adormecido al sonar de tu cadena.
- LAUR. Oh!... Calla, por piedad!
- ELISA. No! Que mis súplicas lleguen hasta lo más íntimo de tu corazon. Hé aquí á la mujer á quien tanto ofendiste, pidiéndote arrodillada, con lágrimas en sus ojos, la felicidad de Consuelo, necesaria á la vida de nuestra pobre Laura! (Al arrodillarse se lo impide Laurencio enternecido.)
- LAUR. Tú á mis piés? Oh! levántate! No me avergüence así la mejor de las esposas, la más heróica y sublime de las madres!
- ELISA. Cede pues á mi ruego.
- LAUR. Venciste, al fin, mi indómita energia. Hoy mismo abandonaré este pais, é iréme solo y arrepentido en busca de otro donde pueda cavar yo propio mi lecho de descanso. (Se levanta Elisa.)

- ELISA. No será así. Yo soy tu esposa, tu esclava por la vida! Pues bien; yo he de seguirte doquier que vayas. Á la ciudad, al desierto, al calabozo... al patíbulo si necesario fuese! No importa dónde!... Estar siempre á tu lado es deber mio, y eso—á Dios lo juro—eso me verás cumplir.
- LAUR. Qué... ¿que tú me seguirás? Dios mio! Ya no te causa (Con extremada alegría.) horror ni desprecio este mísero penado?
- ELISA. ¿No has dicho que necesitas oír una voz amiga?... Una mano cariñosa que te guie al trabajo? que enjague tus lágrimas? Hé aquí la mia, que otra vez te pertenece!... (Presentándose.)
- LAUR. (Dudando.) Elisa! será verdad?
- ELISA. Estréchala animoso y confiado como en otro tiempo... Tuya es! (Laurencio enternecido la estrecha entre las suyas; va á besársela, pero se detiene avergonzado.)
- LAUR. Ah! no, no! Soy indigno de tocarla con mis impuros labios!
- ELISA. No lo eres, porque, buen padre, todo lo sacrificas á la felicidad de tu hija!... Ven, ven á recibir en brazos de su madre el premio que merece tu santa abnegacion! (Abrazándole.)
- LAUR. Oh, Elisa!... Elisa mia!... ¿Qué inefable gozo es este que jamás sentí?... (Desvanecido con el gozo: Elisa le conduce al sofá y se sienta junto á él.)
- ELISA. El que Dios reserva al arrepentimiento... á la práctica de una buena accion!...
- LAUR. Elisa adorada!
- ELISA. Laurencio mio!... Pobre enfermo del alma, ven y apoya en mi seno tu acalorada frente!... Así! Así! (Poniéndose las manos en la frente y apartando sus cabellos. En este momento se oirá tocar al piano el preludeo del vals que Consuelo talareó antes á la cotorra.)
- LAUR. Elisa!... Prémiate el cielo devolverme la vida.
- ELISA. Chist!... Calla!... Lauretta va á cantar; oye el eco de un ángel que te bendice.

LAUR. Ah! si yo... me faltan palabras!...
ELISA. No hables, no!... Lloro y escucha!
LAUR. Oh, sí! Que mi corazón de bronce se funda en lágrimas al amoroso fuego que el tuyo le trasmite! (Solloza abrazando á Elisa: esta le enjuga las lágrimas con et pañuelo: Laura empieza á cantar.)

CONS. (Dentro cantando.)

De las flores,
canten otros
los primores,
su beldad.
Yo tan solo,
pido al cielo
dé consuelo
á mi papá.

(Este sencillo canto no cesará hasta despues de bajar el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Gabinete de estudio del Doctor, con extensa librería, que no deja más huecos que una puerta en el centro, otra en la derecha, y un balcon á la izquierda. En uno de los compartimientos de la librería, habrá algunos cráneos, y en el otro instrumentos de operaciones quirúrgicas. Á la derecha el bufete; sobre él papeles, etc... un esfera-mapa-mundi, dibujos anatómicos, y algunos bustos de hombres célebres sobre la cornisa de los estantes. Al levantarse el telon, no aparece nadie en la escena: pasados algunos momentos saldrá el Doctor por la puerta derecha, con traje de calle, sombrero puesto, y con una luz, precediendo al Abad y Laurencio.

ESCENA PRIMERA.

El DOCTOR, el ABAD, apoyándose en LAURENCIO.

DOCT. Por aquí, por aquí, monseñor. En esta habitacion que es inviolable á todos mis criados, podeis aguardar tranquilo la vuelta de don Fernando. Dispensadme si os dejo, porque mi deber me llama en otra parte. Volveré aquí, sin embargo, á tiempo para despedirme de vos y de vuestra esposa. Adios. (Da la mano á Laurencio, se inclina

saludando al Abad, y se marcha por la puerta del foro. Laurencio se sienta abatido.)

ESCENA II.

LAURENCIO y el ABAD.

- ABAD. Vamos, amigo mio, no así os entregéis al dolor. (Acercándose á Laurencio.)
- LAUR. Eh!... Monseñor, deciais?... (Distraido.)
- ABAD. Me aflige vuestro abatimiento: ¿no acabais de decirme, que Elisa os ha da dado cuantas aclaraciones y seguridades podiais apetecer? ¿No ha justificado, tanto su conducta pasada como su actual situacion?... El mismo. Palmieri, no os ha convencido de sus benévolas intenciones respecto á vuestra hija? Pues si esto es así... ¿por qué la esperanza de un porvenir más lisonjero, no reanima vuestro abatido espíritu?
- LAUR. Esperanza!... Ah! Monseñor!... La que tan largo tiempo alimenté ha desaparecido para siempre cual leve arista que el huracan confunde en el espacio!
- ABAD. ¿Ni será lenitivo á vuestras penas haber hallado la hija que tantos años llorasteis perdida? Ver asegurado para ella un lisonjero porvenir?
- LAUR. Ah!... De cuantas espinas laceran mi corazon, esa entre todas es la que más le mortifica y ensangrienta. ¿Y cómo no, si mi Laura ha cambiado su nombre?... Si ha tenido su madre que renegar del mio para que la pobre niña no muriese de dolor y vergüenza?... Oh! Maldigo el instante que levanté la ferrada losa que cubria mi olvidado sepulcro! Pero ¡ah! no es tarde aún para enmendar mi yerro!...
- ABAD. Qué osais pensar?...
- LAUR. Qué un cadáver no tenia derecho de venir á turbar la felicidad de los vivos
- ABAD. Tened más fe... Alejad de vos tan sacrílegas conclusiones, que solo Satanás puede inspiraros. Respetad una

vida que debéis á la expiacion de vuestras culpas, y no penseis en acrecentarlas.

LAUR. No temais: aherrojado el leon estremecia con fariosos, rugidos los fuertes muros de su estrecha jaula. Aquí... ya lo veis, el hombre, sin más cadenas que las de esposito y padre, apenas si se atreve á llorar como caduco anciano. (Prorumpo en sollozos.)

ABAD. Ni aún esas lágrimas he de consentiros, si no son hijas del arrepentimiento: pensad que solamente contrito y resignado puede expiarse un crimen como el vuestro: Dios solo es árbitro para juzgarle.

LAUR. Por piedad, monseñor... No me atormenten más vuestras eternas pláticas: no abuseis de mi penosa situacion. Os he dicho que estoy dispuesto á separarme de mi hija sin ni siquiera decirle... «Yo soy tu padre, abrázame.» ¡Y aún exigis de mí más sobrehumano esfuerzo?... Más cruel expiacion?... Grande, inmensa fué mi culpa, no pretendo amenguarla, pero ¡ay!... en las pocas horas que estoy en esta casa, llevo sufridos ya más tormentos que todos los que en ocho años merecí á mis verdugos!... Ah!... Fernando!... (Viéndole entrar.) mi querido amigo... llévame lejos de aquí; esta atmósfera me asfixia... me mata!... tengo miedo de volverme loco.

FERN. Pues qué?...

LAUR. La presencia, las exhortaciones de monseñor me recuerdan al reo en capilla aguardando que suene su hora fatal! Llévame de aquí, arráncame de tan lúgubre estancia!

ESCENA III.

DICHOS y FERNANDO.

FERN. Vamos, cálmate y modera tu impaciencia. No juzgo prudente que, hasta bien entrada la noche, vuelvas á cruzar las calles de Castrogiovanne. Tu llegada creo

- ha despertado sospechas en la autoridad, porque...
- LAUR. Ah!...
- ABAD. (Á un tiempo.) Qué dices?... acaso?...
- FERN. He visto algunos gendarmes rondando los alrededores de nuestra abadía.
- ABAD. Ah!... bien lo temi! Por eso me opuse á que abandonaseis tan sagrado asilo... Pero no quisisteis creerme y héos ahora expuesto á volver á vuestra prision.
- LAUR. No volveré á ella, os lo aseguro! (Con enfática seguridad.)
- ABAD. Otra vez, hijo mio?
- FERN. Vamos, no nos alarmemos sin causa. Tal vez los soldados que yo he visto esten allí al acaso, por mera precaucion: en último extremo... ¿Qué nos importa su vigilancia, si esta misma noche, con las precauciones consiguientes, penetrarás otra vez en nuestra abadía? Al amparo de su inmunidad, podrás permanecer tranquilo hasta que consigamos tu indulto.
- ABAD. Que al fin alcanzaremos con el poderoso influjo del cardenal en el ánimo de la reina, no lo dudeis
- LAUR. Pero entre tanto, mi permanencia en Castrogiovanne os compromete. Elisa, por otra parte, viviria... inquieta; debemos los dos alejarnos de aquí porque tampoco debe ya permanecer más tiempo en esta casa. ¿No os parece, monseñor?...
- ABAD. Ah! no! Ni un solo dia más.
- FERN. Sin embargo, será preciso: su repentina desaparicion excitaria las sospechas de todos... del mismo magistrado, si es que ya ha recibido de Nápoles aviso que le denuncie tu fuga y filiacion.
- ABAD. En efecto, procedamos con cautela: dejemos lo menos posible á la casualidad; es justa la observacion de Fernando. Vuestra esposa no puede, sin riesgo para vos, acompañaros en vuestro viaje en algunos dias.
- LAUR. ¿Y otra vez más he de vivir yo solo, fugitivo ó encerrado? Imposible!... prefiero mil veces la muerte.
- FERN. Laurencio!... Pretendes ahogarnos ya en la orilla?
- LAUR. Ay, amigo mio!... despues de haber visto á mi Laura,

de hallar á Elisa fiel á mi amor, virtuosa y santa, no extrañes que aquel que tantos años, las lloró ausente, hoy se resista á pasar lejos de ellas los pocos instantes que aún le quedan de vida.

FERN. Eh! Dale con tus exageraciones!

LAUR. Ah!... no sé qué fatal presentimiento me anuncia que, una vez encerrado, ya nunca he de verme libre: que jamás volveré á aspirar el aura de las flores... las puras brisas del Océano, ni desde la alta montaña contemplar como empieza la luz de un nuevo día!...

FERN. Poco durará tu cautiverio: un día ó dos cuando más: mañana mismo,—si esta noche no pudieses penetrar en la abadía—saldrás conmigo de Castrogiovanne, con pasaporte y concepto de mi criado. Desde aquí nos dirigiremos á *Spalatro* que nos ofrece ventajas para tu embarque á América.

LAUR. Y el de Elisa?... cuándo?...

FERN. Se entiende, que el tuyo y el de Elisa no tendrán lugar sino en el—caso remoto—de que nos fuese denegado el indulto.

LAUR. Pero, y si eso llegara á suceder?...

FERN. Yo mismo conduciría tu mujer á *Spalatro* á reunirse contigo.

LAUR. Ah! Fernando!... ¿Cómo podré pagarte tantos favores?

FERN. No hablándome de ellos.

LAUR. Y vos, perdonad los agravios que mi torpe lengua haya podido inferiros, bien sabéis que cinco años estuve loco, y que aún ahora estoy enfermo y desesperado... Ah! despues de haber leído esta desconsoladora carta de Elisa... á no ser por vos, por vuestro recto juicio, me hubiese dado muerte...

ABAD. Silencio... viene vuestra esposa.

ESCENA XIV.

DICHOS y ELISA.

- ELISA. Monseñor? (Se adelanta hácia él, y le besa la mano.) Querido amigo, gracias. (Á Fernando, apotándole la mano.)
- FERN. Por si luego no tengo ocasion de hacerlo, me despido de vos, Elisa.
- ELISA. Cómo?... os vais? Tan pronto abandonaréis á vuestro amigo?
- FERN. Mañana al amanecer, me propongo dejar esta villa. Laurencio os dirá el doble plan que hemos concertado para vuestro viaje.
- ELISA. Habreis tenido presente, que no he de separarme de Laurencio ni un solo instante?
- FERN. Por hoy es preciso que se traslade á la abadía; desde allí, saldrá al puerto más cercano, y una vez en seguridad, vos os reunireis á él, y yo partiré presuroso á Nápoles á remover obstáculos. Por mi tío y Laurencio procuraré tengais frecuentes noticias de nuestras gestiones cerca de la reina.
- ELISA. ¡Cuán agradecida os estoy, señor don Fernando!...
- FERN. Nada me digais: la amistad y el deber guian mis pasos. Adios. Hasta la vuelta, Laurencio: buen ánimo! Elisa? (Estrecha con efusion la mano de Elisa.)
- ELISA. Que el cielo os acompañe
- ABAD. Su bendicion quede entre vosotros, hijos míos. (Elisa estrecha la mano de Fernando: despues besa la del Abad: este tiene de sus manos hácia Laurencio y Elisa, despues se apoya en Fernando y se van los dos: Laurencio, que está visiblemente abatido, se apoya en el respaldo de un sillón: Elisa le contempla en silencio, y luego se acerca á él y le abraza.)

ESCENA V.

LAURENCIO, ELISA.

- ELISA. Gran consuelo es, Laurencio, hallar en nuestra des-

gracia amigos semejantes! Pero, qué es eso? Apartas de mí tus ojos?... No te avergüence que los vea bañados en lágrimas!... ¿Acaso los míos han dejado de verterlas durante muchos años?...

LAUR. Ah!... no lo recuerdes!... Piensa que de ese modo fulminas tu más severa acusacion á mi conducta.

ELISA. Ah! no; lejos de mí semejante propósito; al contrario, hora es de dar al olvido tan amargos recuerdos. De hoy más, cuando ausentes de nuestra Laura el dolor allija nuestros corazones, no lloraremos en triste soledad como hasta ahora hicimos. No, tú, cariñoso, enjugarás mi llanto, mientras que yo solícita daré consuelo al tuyo. (Ofreciéndole la mano, que Laurencio estrechará.)

LAUR. Oh! sí! Ahora ya somos dos á resistir los embates del destino. Sin embargo, debemos precaver su maléfica influencia. Antes, pues, de llevar á cabo una resolucion definitiva, conviene concertar ciertos extremos... sobre todo, necesitamos adquirir la evidencia de que un tardío arrepentimiento no vendrá nunca á amargar nuestra vida y hacérnosla insoportable... (Movimiento de Elisa.) Déjame concluir: veamos; ¿estás decidida á participar de mi infausta suerte? Á seguirme do quier yo vaya?

ELISA. Te lo he dicho, Laurencio, y sostendré mi promesa.

LAUR. Sí; pero á costa de cuánto sacrificio!... He aquí lo que me apena, y la confesion que de tí me atrevo á exigir. Dime, Elisa mia... ¿no ha de rompérsese el corazon en mil pedazos al abandonar estos sitios? Esta casa, particularmente?...

ELISA. Esta casa?... Ah! ¿Y tú me lo preguntas?... ¿Acaso no es en ella donde hemos de dejar para siempre, lo que más amamos?

LAUR. En efecto, sí!... Por mi dolor comprendo cuál debe ser el tuyo!... Pero, además del sentimiento natural al separarte de tu hija, ¿no ha de afligirte tambien la ausencia de otra persona querida?

- LAUR. De cuál?... No comprendo tu pregunta.
- ELISA. Adivínala tu instinto... y excúsame aventurar palabra que pudiera ofenderte.
- ELISA. Á mí? en terrible confusion me pones, y no sé en verdad...
- LAUR. Dime: cuando nosotros huyamos de aquí? quién quedará cerca de nuestra Laura?
- ELISA. Extraña duda! (Tiemblo por su razon!) No hemos convenido en que ha de quedar custodio de nuestra hija, el hombre generoso á quien tanto debemos ella y yo?
- LAUR. Sí; al cual conferiste todos mis derechos de padre?... Persona digna... Estimable y desinteresado amigo, á quien no puedes menos de vivir eternamente agradecida... ¿No es así?
- ELISA. Laurencio, por Dios; me mortificas con tu amarga ironía: explícate con llaneza, si al cabo hemos de entendernos en nuestra crítica situacion.
- LAUR. ¿Que yo me explique?... Ah! no!... La sospecha no se atreve á llevar hasta mis labios palabras que los quemarian como candentes hierros! Más fácil ha de serte á tí decirme cómo has vivido tan largos años bajo el mismo techo que tu noble protector. Debes referirme hasta qué (Hablando con dificultad.) extremo le estás obligada, y si él... por su parte... Todo, en fin... todo!
- ELISA. Laurencio, ¿no reparas que semejante pregunta, en el solo hecho de formularla, infiere un agravio difícil de perdonar?...
- LAUR. Tal vez no tengo motivo ni derecho para hacértela, pero escúdame la mejor intencion. Deseo poner digne á mi acalorada fantasia, que vaga inquieta entre lo absurdo y lo verosimil, y extravíase, y pierde en un confuso dédalo de extrañas conjeturas. Sí, Elisa mia; en tu azarosa existencia, esta casa fué el faro que hallastes en tu rumbo; dile, pues, á tu esposo... á tu amigo más bien, si al cabo hubiste en ella tranquilidad... del alma. (Despues de reflexionar un momento.)
- ELISA. Sea, pues lo exiges; júzgueme el amigo... y el esposo me

condene si fui culpable.
LAUR. No lo seas de falta de ingenuidad, y ha de absolverte.
(Resignado.)

ELISA. Todo he de decírtelo, y sabrás de mi boca secretos que sólo Dios y yo podemos revelarte. Conocida te es ya la persona del Doctor: por sus nobles sentimientos, por la elevacion de su alma, fácilmente habrá comprendido la tuya, no ménos generosa, los inmensos favores y desinteresados beneficios que, tanto á mí como á tu hija, ha tenido ocasion de prestarnos en nuestra desgracia. Excuso decirte que el menor de todos fué libertarnos de un monstruo horrible, que ya nos oprimia entre sus garras. ¡La miseria!... Terrible azote de la humanidad, y origen las más veces de sus culpas y crímenes: por esta consideracion principalmente, mi agradecimiento á Palmieri lo fué sin límites: semejábase á un culto religioso, porque hasta llegué á creer... que sólo la infinita bondad de Dios podia depararme en sólo un hombre el ángel salvador de la mísera viuda, y el padre cariñoso de la infelice huérfana. En tan plácida creencia viví largo tiempo, tranquila y resignada, sin que ningun temor, ningun remordimiento viniése á turbar la triste paz que gozaba mi espíritu. Pero ¡ay! hé aquí, Laurencio, que un dia empecé á perderla, apercibiéndome de que poco á poco mi afectuosa y pura gratitud íbase cambiando de naturaleza, de forma y, por consiguiente, de deseo y aspiraciones.

LAUR. Ah!... (Suspiro ahogado.)

ELISA. Sí, Laurencio!... y tanto más terrible fué esta desgracia, cuanto que al apercibirme de ella, ya el nuevo afecto se habia grata y profundamente acentuado en mi corazón. Horrorizada de sus consecuencias, llamé tu memoria y mis deberes en socorro mio: examiné con sangre fría mi voluntad y mi cabeza y, gracias al Señor, me hallé con fuerzas y virtud bastante para emprender la lucha: cruel fué esta, larga y obstinada!... Pero salí triunfante de ella, y hasta orgullosa! Sí! por-

que fácil me hubiera sido evitar el peligro, huyendo de esta casa, pero ¡ay! no tuve valor para así renunciar el lisonjero porvenir que en ella se labraba mi hija! El amor suyo; el buen ejemplo que debja darle, me impidieron manchar de fango la respetable, la digna y noble figura de la mujer jóven, pobre y honrada!...

LAUR. Pero, y él?...

ELISA. Creo que haya sufrido y luchado á par de mí; pero ni la más mínima demostracion de su parte me da derecho á atribuirle aviesas intenciones. Si alguna vez sus miradas errantes se encontraban con las mias, su labio fué más prudente y cauto, y jamás aventuró palabra que le vendiese ni me ofendiera. Así hemos vivido temiéndonos y respetándonos; pero decididos los dos á perecer en la contienda ántes que sucumbir á una vergonzosa pasion. Ahora que todo lo sabes; que conoces mi debilidad y mi fortaleza... júzgueme el amigo leal, y severo el esposo fulmine ya su fallo.

LAUR. Guarda, para eso, á que se lo reveles todo.

ELISA. Todo te lo he dicho ya, Laurencio.

LAUR. (Carinoso y persuasivo.) No; me has callado sí, en tu interno combate, en un momento de vacilacion, de febril abandono y entusiasmo, te acudió al pensamiento la idea de mi muerte.

ELISA. De tu muerte? Jesus! (Horrorizada, cubriéndose el rostro con las manos.)

LAUR. Sí. ¿No la deseaste por mi descanso eterno y tu libertad? (Tomándole la mano y colocándola sobre su brazo con cariñosa intimidad.) ¿No se la pediste á Dios en premio de tu santa virtud y sacrificio?

ELISA. Jamás! Te lo juro por la salvacion de mi alma. Si en un momento de aberracion, de femenil flaqueza, me hubiese ocurrido tan horrible, tan sacrilego pensamiento, yo misma me hubiera despreciado. Culpable de tan inicuo deseo, no hubiera podido mirar serena el rostro angelical de nuestra amada hija.

LAUR. Pero, si Dios—más misericordioso que los hombres—

- hubiera roto, por tu bien y el mio, el sagrado lazo que á mí te liga?... Dímelo ingénuamente, ¿hubieses consentido, sin violentar tu afecto, en ser la honrada esposa del Doctor Palmieri?...
- ELISA. (Con rubor y súplica.) Laurencio, tu pregunta es poco generosa!...
- LAUR. Y por qué?... No temas ningun reproche. Tu esposo no te escucha; es sólo al amigo á quien vas á confiarle, y... dímelo ya en fin... ¿Á no estar yo en el mundo, hubieras accedido gustosa á su honesta aspiracion?
- (Elisa, pasado un momento de vacilacion, y ruborosa, mira á Laurencio desconfiada y, despues, deja caer su cabeza sobre el pecho y pronuncia un *sí* casi ininteligible. Laurencio, que la ha estado mirando fijamente y con ansiedad, al oirle lanza un ahogado suspiro, lleva la mano al corazon, como sintiendo en él gravísimos dolores, y despues deja caer lánguidamente, en toda su extension, el brazo donde se apoyaba Elisa.)
- ELISA. Sí!
- (Permanece inmóvil y avergonzada. Laurencio, á partir de este momento, hará más ostensibles las señales de su preocupacion moral y padecimientos físicos.)
- LAUR. Ah!... (Apuremos las heces!) (Pausa.) ¿Y sin embargo de esa felicidad en perspectiva, estás dispuesta á seguirme?... á participar de la abnegacion y privaciones de mi vida nómada?
- ELISA. No te lo he dicho ya? Partamos ahora mismo, si á tu fuga conviene.
- LAUR. Y dime... ¿En el caso de que hoy no fuera posible verificarla contigo?... Si un azar me hiciese caer en manos de la justicia?...
- ELISA. Dios mio!... Acaso...
- LAUR. No: nada hay aún que deba alarmarte. Pero, supongamos que mi recelo se confirma: que vuelvo á ser encarcelado... ¿Qué haria entónces mi fiel esposa de su no apetecida y triste libertad?
- ELISA. Puedes dudarle?... Asirme de tu brazo hasta la puerta del calabozo; vivir dia y noche en su dintel; incrustar-

me en sus hierros... Y cuando esto no me permitiesen tus carceleros, me encerraría para siempre en la soledad de un claustro, donde muriese amándote; porque, sábelo ya, mi pobre Laurencio, tu constancia y amor, tus acerbos dolores, tu sublime abnegación, han revivido en mi alma cenizas de un amor que jamás llegó á extinguirse... Oh! sí!... Esposo mio! mi Laurencio!... Yo te amo como la vez primera!... (Abrazándole.) Más, más aún de lo que entónces te amé!

LAUR. Tú me amas? Ah! Elisa mía! ¡Qué bálsamo consolador derraman en mi pecho tus dulces palabras!... No hay en el mundo placer igual al que me haces sentir en este instante!... (Me está ahogando la pena.)

ELISA. Cualquier sea la suerte que el cielo nos depare; estando juntos, con el recuerdo de nuestro primer amor, con el no menos grato de haber hecho la felicidad de nuestra hija, ¿no hemos de ser también dichosos, Laurencio mio?

LAUR. Sí, sí!... es verdad! seremos muy felices, mucho! Vé á prepararlo todo para que esta misma noche huyamos de aquí: mi amigo no tardará en volver, y es preciso que nos halle dispuestos á marchar. Vete... vete ya...

ELISA. No: prefiero aguardarle aquí contigo: no quiero separarme un instante de tu lado... Te veo sufrir mucho... tu semblante me lo revela, y ¡ay! un triste presentimiento acobarda mi espíritu y amengua mi esperanza!...

LAUR. Supersticiosa!... ¿Temes vaya á matarme el gozo de saber cuánto me amas? Oh! morir ahora que tú me sonries? que mi Laura queda honrada y dichosa? Que todo me anuncia que voy á ser feliz!... No, Elisa mía, no receles... ¿Qué me importan los sufrimientos del cuerpo, cuando ya los del alma se han disipado al poderoso encanto de tu palabra? (Estrechando su mano.)

ELISA. Laurencio mio ..

LAUR. Vete, vete ya tranquila: necesito quedar solo... prevenir al Doctor. (Movimiento de Elisa.) Sí; convinar modo

- de que no nos falten nunca noticias de Lauretta y de su nuevo padre...
- ELISA. Oh! sí!... Continuamente deberá dárnoslas; sus cartas... (Movimiento de Laurencio.) las de Lauretta han de darnos gran júbilo. Voy, pues, á llevar á tu hija el calor de un abrazo que has de darme para ella, á trueque del que en su nombre te da su madre con toda la efusion del alma!
- LAUR. Oh! sí... (Ap.) (Será el último!) Llévasele con el cariño y bendicion de su padre.
- ELISA. Adios, mi Laurencio! (Se abrazan con efusion y váse Elisa.)
- LAUR. Adios!
- ELISA. Adios!

ESCENA VI.

LAURENCIO solo.

Sublime y magnánima mujer!... Recompensa merecen tus virtudes; y pues segura tienes la de Dios en el cielo, de mí obtendrás la que debes gozar en la tierra. Leamos otra vez esta terrible carta, que breve encierra mi sentencia de muerte. (Sentándose y leyendo una carta arrugada.) «Laurencio: Yo te sacrifiqué mi inocencia, mi honor y la vida de mis padres: tú en cambio asesinaste á mi hermano: (Pausa.) á contar desde aquel día el aborrecimiento se apoderó de mi corazón, (Pausa.) y en él se extinguió para siempre, *para siempre!* (Repetiendo la frase y llorando.) el amor que un tiempo me inspiraste. *Para siempre!* (Repetiendo otra vez la frase.) » Á qué, pues, insensato y cruel quieres ahora turbar la paz de mi alma? privarme de un apoyo y un asilo que tú no puedes ofrecerme? Qué vienes á buscar á un desierto? Amor?... Imposible! Ay! *Imposible!* (Repetiendo la frase.) Compasion?... No la mereces: (Sollozo.) huye pronto de estos lugares, si aún he de consagrar una lágrima á tu infausta memoria.» (Los sollozos le impiden continuar.) Hé aquí el lenguaje del co-

razon: respetémosle generoso. Esa pobre mujer!.. Tiene derecho á ser obedecida. *Huye para siempre!* ha dicho? (Se levanta.) Pongamos, pues, entre ella y yo la mayor distancia. Es preciso morir! Pero tal es mi miseria, que ni áun puede brindarme una pistola... un veneno!... Si ese balcon!... Ah! la casualidad me ofrece cuanto necesito!... (Mirando en derredor, se fija en el estante de instrumentos de cirugía, le abre y coge de él un cuchillo curvo.) Otra vez más; esta afilada punta penetrará el corazon de un cadáver. (Rasga con la mano izquierda la ropa que cubre su pecho; se arrodilla y dirige su voz al cielo.) Dios mio, tú que ves mi intencion, absuelve al asesino. En tu infinita misericordia... ten piedad del cobarde suicida!... (En el mismo instante que va á herirse, se oye dentro la voz de Consuelo.)

CONS. Papá!... Papá!...

ESCENA VII.

DICHO, CONSUELO con la jaula y una luz.

LAUR. Mi hija!... Oh! el cielo me la envia para evitarme un crimen! Quiere que viva y sufra?... Cúmplase, Señor, tu voluntad!... (Arroja el cuchillo y se arrodilla.)

CONS. Te vi entrar, y vengo á encerrar aquí esta pícara... Oh! aquí este hombre?... El loco!... Huyamos de él... (Disponiéndose á marchar de puntillas.)

LAUR. No, por Dios, hermosa niña; no os vayais sin oirme. Por compasion!

CONS. Dale! Siempre el mismo tema! Yo vengo á castigar mi cotorrita; pero, como estais vos aquí, la llevaré al cuarto del cochero. (Marchándose.)

LAUR. No; oidme... siquiera, porque hoy será la última vez que os vea.

CONS. Cómo?... Vais á marcharos á vuestra casa?... (Dejando la jaula.) Os ha curado ya mi papá?... Os ha devuelto la razon?... (Dejando la palmatoria sobre la mesa.)

LAUR. Sí; su prudencia y consejos me han salvado; mañana

- ya no estaré aquí para molestar á nadie con mi visita... Esto os causará placer... ¿No es verdad?...
- CONS. Un poco; porque, tenéis un modo de mirar...
- LAUR. Qué os asusta?... Lo sé; pero tranquilizaos. Si es cierto que estoy loco, bien veis que para vos, lo soy pacífico.
- CONS. Sí; pero esta mañana... (Retirándose con recelo.)
- LAUR. Ah!... Quedaos!... Impórtame más que la vida que no os vayais: si no basta á tranquilizaros lo que os he dicho... si aún creéis que yo trate de haceros mal, me pondré de rodillas delante de vos... me ataré las manos como un... como un cautivo... de vuestras gracias. (Arrodillándose y cruzando los brazos. Consuelo le insta á que se levante.)
- CONS. Ah! Eso no, que los niños deben respeto á los mayores... Vamos, alzad: levantaos del suelo, si quereis que no me vaya y os escuche.
- LAUR. Oh! Al fin vuestra repugnancia se ha trocado en respeto? Loado sea Dios!
- CONS. Sí, pero alzaos digo, ó me...
- LAUR. Quereis que me levante?... (Oh! si pudiese con este ardor estrechar su mano!) Sed, pues, compasiva... No puedo levantarme por mí solo... Estoy débil y enfermo. Tendelme cariñosa vuestra mano. (Alargando la suya.)
- CONS. Oh!... sí, tomadla, y apoyaos en mí... ¡Pobre hombre!... Qué veol!... (Apartándose asustada.) Esa señal!... La marca de hierro!... De los forzados que vi en Nápoles?
- LAUR. Oh! (Cubriéndose con la mano izquierda el puño de la derecha.)
- CONS. Llevasteis la cadena?... ¿Sois un mal hombre?
- LAUR. No! un desgraciado (Arrodillándose.) que merece vuestra compasion!
- CONS. Ah! Por algo me causabais horror!
- LAUR. Si supieseis cuánto he sufrido! cuánto sufro ahora, tendriais lástima de mí!... (Sollozando y permaneciendo de rodillas.) Ah!... ah!... ah! ..
- CONS. Pobrecillo!... Tiemblo de figurarme el dolor, la vergüenza, que al ver esa señal, tendria vuestra hija,

- si llegaseis á encontrarla!...
- LAUR. No; no temais: no la encontrará ya... Mi hija ha muerto! (Intenta levantarse, pero le faltan fuerzas, y apoya las manos en el suelo.) Ah!... Yo... Vos... (Ap) Me siento morir!... (Vacilante.)
- CONS. Oh! qué teneis?... Os poneis peor?... Dios mio!... (Prestándole apoyo y conduciéndolo hácia el sillón.) Yo tengo la culpa: os han ofendido mis palabras... ¿no es verdad? Perdonadme, soy una aturdida... No quise agraviaros... Llamaré á alguien que venga á socorreros... Á mi papá. (Marchándose.)
- LAUR. No, no; para qué llamarle, cuando teneis en vos misma mi mejor remedio? (Sentándose en el sillón de junto al bufete.)
- CONS. Yo?
- LAUR. Sí. ¿No sois un ángel?... Pedidle, pues, á Dios en fervorosa súplica que haga cesar mis sufrimientos. Interceded por mí, y el Señor desde su altura oirá vuestra voz y cesará mi tormento...
- CONS. Ah! sí; de rodillas voy á rezar porque se apiade de vuestros males. (Se arrodilla junto á los piés de Laurencio y enfrente al público; cruza sus manos, y con la vista en el cielo se queda extasiada, moviendo ligeramente sus labios para rezar: Laurencio, ya con el primer período de su agonía, con voz entera, si bien conmovida, levanta sus manos en actitud suplicante.)
- LAUR. Ah, Señor!... Tú, que sabes por quién implora este ángel, oye su ruego!... ordena, tú, que todo lo puedes, que ántes de exhalar mi último suspiro sea yo besado por mi hija... y que su madre acuda á cerrar los párpados del moribundo! (Ya convulso, tiene conatos de besar á Consuelo, pero no atreviéndose, tócale solo el cabello con la mano, que llevará despues á sus labios, como para aspirar su aroma.)
- CONS. Ya acabé. Estais mejor?
- LAUR. Sí!... Mucho!... Ya pronto cesará mi penar.
- CONS. Alegría ha de darme, porque ahora mientras he rezado me ha parecido que la Virgen me miraba, y he sentido

- hácia vos no sé qué cambio!... un afecto desconocido... pero grato... muy grato... aquí... aquí... en el corazón, que no acierto á comprender ni á explicar!... No sé por qué, pero se arrasan mis ojos... y... tengo mucha gana de llorar. (Estallando en sollozos.)
- LAUR. (Dios mio! bendigo tu clemencia!... Por mí vierte sus lágrimas.)
- CONS. Me habeis afligido con vuestros males!
- LAUR. Creed, sin embargo, que sólo vine para haceros feliz... y á no serme preciso separarme de vos...
- CONS. Cómo! Ahora que ya no os temo, que casi os amo, que-reis partir?
- LAUR. Dios lo quiere. (Serenando un poco y poniendo su mano sobre la que Consuelo tiene apoyada en la mesa.)
- CONS. Es singular!... Tambien de Elisa sospecho que trata de abandonarme. Esta mañaua me han despertado sus besos... Luego, ahora poco, me abrazaba repetidas veces... y despues ha llorado mucho... muchísimo!...
- LAUR. Os alarmais... sin motivo: Elisa no puede dejaros nunca.
- CONS. Ah!... Me moriría de pena si tal hiciese!...
- LAUR. Tanto la amais?...
- CONS. Como si fuese mi madre.
- LAUR. Y os alegraría que realmente lo fuese?
- CONS. Que si me alegraría? Eso es poco; decid más bien que me volvería loca de placer. Mirad. (Apoyándose con cariño en el hombro de Laurencio.) al oír á nuestros criados murmurar en voz baja que mi papá y Elisa se aman mucho, como dos hermanos, siente mi corazón una alegría, un consuelo tan grande!.. Porque, si esto es verdad, Elisa no me abandonará hasta que yo sea ya una mujer y ella muy viejecita, mucho!... Y hé aquí mi deseo constante y el ensueño de felicidad que todas las noches acaricia mi mente.
- LAUR. Y si yo os asegurase que ese sueño es una realidad?
- CONS. Ah!... Dios mio!... Será posible?...
- LAUR. Sí.

- CONS. Pero de dónde lo sabeis vos?
- LAUR. Fui su criado, en otro tiempo, y ahora que voy á separarme de todos vosotros, quiero revelaros tan fausto secreto.
- CONS. Pero, qué interés teneis vos en decirme lo que mi papá y Elisa me callan?
- LAUR. No es justo ni piadoso que vuestro amor filial tenga siempre los ojos en el cielo, en busca de una madre, que vive aún y junto á vos respira.
- CONS. Qué oigo!... ¿Elisa?...
- LAUR. Sí: hé aquí el recuerdo que mi gratitud quiere dejaros.
- CONS. Mi madre Elisa!
- LAUR. (Ap.) Ahora ya puedo morir tranquilo. (Cede al dolor y desmáyase entrando en el segundo período de su agonía.)
- CONS. Oh! gracias, buen hombre!... Pero... Dios mio!... Desfallece!... Se nubla vuestra vista! (Le da la mano y le ayuda á sostenerse.) Socorro!... Papá!... Elisa!... Venid... acudid pronto!

ESCENA IX.

DICHOS, PALMIERI, ELISA.

- DOCT. Qué así te asusta?... Ah! (Sale por la puerta del foro; Elisa por la derecha.)
- ELISA. Ah! Laurencio!... Dios mio!
- CONS. Ah! papá!... Es cierto lo que acaba de revelarme este criado tuyo. (Corriendo hácia él con ansiedad.)
- DOCT. Qué?...) (Á un tiempo.)
- ELISA. Ah!...)
- CONS. Que mi madre no murió al darme la vida!
- ELISA. Oh! (Aterrada.)
- DOCT. Qué le habeis revelado? (Con severidad y en voz baja.)
- LAUR. La voz de mi conciencia!... Elisa... apresuraos!... Ese ángel aguarda vuestros brazos!... Vea yo cómo la estrechais al seno!...
- ELISA. Hija mia!... (Abrazándola con efusión.)
- CONS. Madre del alma!...

- DOCT. Laurencio!
- LAUR. Hombre generoso!... Mujer heroica!... Vuestras virtudes merecen galardón... Daos las manos... así... así... (Juntando las manos de Elisa y el Doctor, y se desmaya.) Muero contento!
- ELISA. Llamad un sacerdote, á monseñor...
- DOCT. Es tarde... Espirará en breve. (Poniéndole la mano sobre el corazón.)
- ELISA. Ah!... La confesion de mi amor, y esta carta cruel le han dado muerte!... (Tomando la carta que Laurencio deja sobre la mesa.)
- DOCT. Amigo mio, recobrad vuestro animoso espíritu... (Levantando la voz.)
- ELISA. Laurencio!... Es preciso que vivas... Yo lo quiero; lo ansiamos todos!...
- LAUR. Laura!... Lauretta mia!... (Volviendo en sí y delirante.) que las... puertas... del cielo se... abran... á tu padre... (Tercer período de su agonía.)
- CONS. Le oyes, mamá? Pobre loco! llamando está á su hija!
- ELISA. Él ha creído que tú lo fueses suya?... Abrázale, pues; llámale padre!
- DOCT. Oh! sí. Eso le hará morir más consolado!...
- CONS. Padre!... Padre mio! (Acercándose á Laurencio.) Mira aquí á tu Laura, que tanto te quiere!... Padre!
- ELISA. Laurencio!... Oye á tu hija... Dios la manda consolar tu agonía!... Besar tu frente! (Consuelo enternecida le besa en la mejilla.)
- CONS. Padre!
- LAUR. Ah!... Tú... mi... hijj?... (Hace un esfuerzo supremo para levantar la cabeza y brazos; intenta darle un beso, pero mirando á Elisa y á Palmieri, la rechaza dulcemente, dejándose caer en el sillón. Enronquece la voz y articula sus palabras con mucha ansiedad, y continúa su penosa agonía.) Ah!... no!... Me engañas!... Eres... Consuelo... Plegue al Señor... que eterno... lo seas... de Elisa!... Él quiera... per...do...nar-me... (El hipo del estertor corta su palabra. Con un estremecimiento convulsivo dobla la cabeza y muere, cayendo rígido al

suelo desde el sillón. Elisa y Consuelo dan un grito de dolor y se arrodillan junto al cadáver.)

ELISA. (Ah! (Arrodillándose.)

DOCT. Fanáticos legisladores, contemplad vuestra obra! (Con tono irónico y voz solemne.)

FIN DEL DRAMA.

CATÁLOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR QUE HAN SIDO REPRESENTADAS EN LOS PRINCIPALES TEATROS DE MADRID, Y QUE HOY SE HALLAN DE VENTA EN LAS MISMAS LIBRERÍAS QUE LO ESTÁ LA PRESENTE.

Ahogarse á la orilla.
Amor y travesura.
Á secreto agravio...
La piel de culebra.
Luzbel predicador.
La Pastora.
El alcalde de tronchon.
El amor de una pollita.
Paco y Manuela.
Percances de un subarriendo.
Una noche en trijueque.
Un lio entre dos castaños.
Qué plaga!
Similia Similibus, etc.
Marta la Piadosa.
Camaleon.

STATOIR

... ..
... ..
... ..
... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

La segunda cenicienta.
 La por tuna.
 La choza del almadrano.
 Los patriotas.
 Los lazos del vicío.
 Los molinos de viento.
 La agenda de Correlargo.
 La cruz de oro.
 La caja del regimiento.
 Las sisas de mi mujer.
 Lluven hijos.
 Las dos madres.
 La hija del Rey René.
 Los extremos.
 La frutera de Murillo.
 La cantinera.
 La venganza de Catana.
 La marquesita.
 La novela de la vida.
 La torre de Garan.
 La nave sin piloto.
 Los amigos.
 La judía en el campamento, ó
 Lglorias de Africa.
 Los criados.
 Los caballeros de la niebla.
 La escala de matrimonio.
 La torre de Babel.
 La caza del gallo.
 La desobediencia.
 La buena alhaja.
 La niña mimada.
 Los maridos (refundida.)
 Mi mamá.
 Mal de ojo.
 Mi oso y mi sobrina.
 Martín Zurbano.
 Marta y Maria.
 Madrid en 1818.
 Madrid á vista de pájaro.
 Miel sobre hojuelas.
 Mártires de Polonia.
 Matatl! ó la Emparedada.

Misorias de aldea.
 Mi mujer y el primo.
 Negro y Blanco.
 Ninguno se entiende, ó un hom-
 bre tímido.
 Nobleza contra nobleza.
 No es todo oro lo que reluce.
 No lo quiero saber.
 Nativa.
 Olimpia.
 Proposit. de enmienda.
 Pescar á rio revuelto.
 Por ella y por el.
 Para heridas las de honor, ó el
 desagravio del Cid.
 Por la puerta del jardín.
 Poderoso caballero es D. Dinero.
 Pecados veniales.
 Premio y castigo, ó la conquis-
 ta de Ronda.
 Por una pensión.
 Para dos pérdidas, dos.
 Prestamos sobre la honra.
 Para mentir las mujeres.
 ¡Que convido al Coronel!.
 Quien mucho abarca.
 ¡Que suerte la mía!
 ¿Quién es el autor?
 ¿Quién es el padre?
 Rebeca.
 Ribal y amigo.
 Rosita.
 Su imágen.
 Se salvó el honor.
 Santo y peana.
 San Isidro (*Patron de Madrid.*)
 Sueños de amor y ambicion.
 Sin prueba plena.
 Sobresaltos de un marido.
 Si la multa fuera buena.
 Tales padres, tales hijos.
 Traidor, inconfeso y mártir.

Trabiar por cuenta ajena.
 Tod amos.
 Torbellino.
 Un amor á la moda.
 Una contraccio fementina.
 Un domine como hay pocos.
 Un pollito en calzas prietas.
 Un huesped del otro mundo.
 Una venganza leal.
 Una coincidencia alfabética.
 Una noche en blanco.
 Uno de tantos.
 Un marido en esurle.
 Una leccion reservada.
 Un marido s ustulo.
 Una equivocacion.
 Un retrato á quemaropa.
 ¡Un Tiberio!
 Un lobo y una raposa.
 Una renta vitalicia.
 Una llave y un sombrero.
 Una meñira inocente.
 Una mujer misteriosa.
 Una leccion de corte.
 Una falla.
 Un paje y un caballero.
 Un sí y un no.
 Una lágrima y un beso.
 Una leccion de mundo.
 Una mujer de historia.
 Una herencia completa.
 Un hombre fino.
 Una poetisa y su marido.
 ¡Un regicida!
 Un marido cogido por los cabe-
 llos.
 Un estudiante novel.
 Un hombre del siglo.
 Un viejo pollo.
 Ver y no ver.
 Zamarrilla, ó los bandidos de la
 Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro
 Armas de buena ley.
 A cual mas feo.
 Ardides y cuchilladas
 Claveyina la Gitana.
 Cupido y Marte.
 Céjro y Flora.
 D. Sisenando.
 Doña Mariquita.
 Don Crisanto, ó el Alcalde pro-
 veedor.
 Don Pascual.
 El Bachiller.
 El doctrino.
 El ensayo de una ópera.
 El calesero y la maja.
 El perro del hortelano.
 En ceuta y en Marruecos.
 El leon en la ratonera.
 Enredos de carnaval.
 El delirio (drama lirico.)
 El Postillon de la Rioja (*Música.*)
 El vizconde de Letorieres.
 El mundo á escape.
 El capitan español.
 El corneta.
 El hombre feliz.
 El caballo blanco.
 El colegial.
 El último mono.
 El primer vuelo de un pollo
 Entre Pinto y Valdemoro.
 El magnetismo... ¡animal!
 El califa de la calle Mayor.
 En las astas del o:

El mundo nuevo.
 El hijo de D. José.
 Entre mi mujer y el primo.
 El noveno mandamiento.
 El juicio final.
 El gorro negro.
 El hijo del Lavapiés.
 El amor por los cabellos.
 El mtndo.
 El Paraíso en Madrid.
 El elixir de amor.
 El sueño del pescador.
 Giralda.
 Harry el Diablo.
 Juan Lanas. (*Música.*)
 Jacinto.
 La litera del Oidor.
 La noche de ánimas.
 La familia nerviosa, ó el suegro
 omnibus.
 Las hodas de Juanita. (*Música.*)
 Los dos flamantes.
 La modista.
 La colegiala.
 Los conspiradores.
 La espada de Bernardo.
 La hija de la Providencia.
 La roca ne gra.
 La estatua encantada.
 Los jardines del Buen retiro.
 Loco de amor y en la corte.
 La venta encantada.
 La loca de amor, ó las prisiones
 de Edimburgo.

La Jardinera. (*Música.*)
 La toma de Tetuan.
 La cruz del valle.
 La cruz de los Humeros.
 La Pastora de la Alcarria.
 La herederos.
 La pupila.
 Los pecados capitales.
 La gitaniilla.
 La artista.
 La casa roja.
 Los piratas.
 La señora del sombrero.
 La mina de oro.
 Mateo y Matea.
 Moreto. (*Música.*)
 Matilde y Malek-Adhel.
 Nadie se muere hasta que Dios
 quiere.
 Nadie toque á la Reina.
 Pedro y Catalina.
 Por sorpresa.
 Por amor al prójimo.
 Petquere y marqués.
 Pablo y Virginia.
 Retrato y original.
 Tal para cual.
 Un primo.
 Una guerra de familia.
 Un cocinero.
 Un sobrino.
 Un rival del otro mundo.
 Un marido por apuesta.
 Un quinto y un sustituto.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

<i>Abacete.</i>	S. Ruiz.	<i>Lucena.</i>	J. B. Cabezas.
<i>Acañal de Henares.</i>	Z. Bermejo.	<i>Lugo.</i>	Viuda de Pujol
<i>Alcoy.</i>	F. Martí.	<i>Mahón.</i>	P. Vincent.
<i>Alcázar.</i>	R. Muro.	<i>Mataga.</i>	J. G. Taboada y P. d
<i>Alicante.</i>	J. Gossart.		Moya.
<i>Almagro.</i>	A. Vicente Perez.	<i>Manila (Filipinas).</i>	A. Olona.
<i>Almería.</i>	M. Alvarez.	<i>Mataró.</i>	N. Clavell.
<i>Andújar.</i>	D. Caracuel.	<i>Mondoñedo.</i>	Viuda de Delgado.
<i>Antequera.</i>	I. A. de Palma.	<i>Montilla.</i>	D. Santolalla.
<i>Aranjuez.</i>	D. Santisteban.	<i>Murcia.</i>	T. Guerra y Herederos
<i>Avila.</i>	S. Lopez.		de Andrion.
<i>Aviles.</i>	M. Roman Alvarez.	<i>Ocaña.</i>	C. Calvillo.
<i>Badajoz.</i>	F. Coronado.	<i>Orense.</i>	J. Ramon Perez.
<i>Baeza.</i>	J. R. Segura.	<i>Orihuela.</i>	J. Martinez Alvarez.
<i>Barbastro.</i>	G. Corrales.	<i>Osuna.</i>	V. Montero.
<i>Barcelona.</i>	A. Saavedra, Viuda de	<i>Oviedo.</i>	J. Martinez.
	Bartumex y I. Cerdá.	<i>Palencia.</i>	Hijos de Gutierrez.
<i>Bejar.</i>	J. Teixidor.	<i>Palma de Mallorca.</i>	P. J. Gelabert.
<i>Bilbao.</i>	E. Delmas.	<i>Pamplona.</i>	J. Rios Barrena.
<i>Burgos.</i>	T. Arnaiz y A. Hervias.	<i>Pontevedra.</i>	J. Bueta Solla y Comp.
<i>Cabra.</i>	B. Montoya.	<i>Priego (Cordoba.)</i>	J. de la Gámara.
<i>Cáceres.</i>	H. E. Perez.	<i>Puerto de Sta. Maria.</i>	J. Valderrama.
<i>Cádiz.</i>	V. Morillas y Compañia.	<i>Puerto-Rico.</i>	J. Mestre de Mayaguez
<i>Calatayud.</i>	F. Molina.	<i>Requena.</i>	C. Garcia.
<i>Canarias.</i>	F. Maria Poggi, de Santa	<i>Reus.</i>	J. Prius.
	Cruz de Tenerife.	<i>Rioseco.</i>	M. Prádanos.
<i>Carmona.</i>	J. M. Eguiluz.	<i>Ronda.</i>	Viuda de Gutierrez,
<i>Carolina.</i>	E. Torres.	<i>Salamanca.</i>	R. Huebra.
<i>Cartagena.</i>	J. Pedreño.	<i>San Fernando.</i>	J. Gay.
<i>Castellon.</i>	J. M. de Soto.	<i>San Sebastian.</i>	S. Aldete.
<i>Castrovidales.</i>	L. Ocharán.	<i>S. Lorenzo. (Escorial.)</i>	I. de Oña.
<i>Ceuta.</i>	M. Garcia de la Torre.	<i>Santander.</i>	A. Garralda
<i>Ciudad-Real.</i>	P. Acosta.	<i>Santiago.</i>	S. Herrero.
<i>Córdoba.</i>	M. Muñoz, F. Lozano y	<i>Segovia.</i>	C. Medina y F. Hernandez.
	M. Garcia Lovera.	<i>Sevilla.</i>	B. Escribano.
<i>Coruña.</i>	J. Lago.	<i>Soria.</i>	L. M. Salcedo.
<i>Cuenca.</i>	M. Mariana.	<i>Talavera de la Reina.</i>	F. Alvarez y Comp.
<i>Ecija.</i>	J. Giull.	<i>Tarazona de Aragon.</i>	F. Perez Rioja.
<i>Ferrol.</i>	N. Taxonera.	<i>Tarragona.</i>	A. Sanchez de Castro.
<i>Figueras.</i>	M. Alegre.	<i>Teruel.</i>	P. Veraton.
<i>Gerona.</i>	F. Dorca.	<i>Toledo.</i>	V. Font.
<i>Gijón.</i>	Crespo y Cruz.	<i>Toro.</i>	F. Baquedano.
<i>Granada.</i>	J. M. Fuensalida y Viuda	<i>Trujillo.</i>	J. Hernandez.
	é Hijos de Zamora:	<i>Tudela.</i>	L. Poblacion.
<i>Guadalajara.</i>	R. Oñana.	<i>Tuy.</i>	A. Herranz.
<i>Habana.</i>	M. Lopez y Compañia.	<i>Ubeda.</i>	M. Izalzu.
<i>Haro.</i>	P. Quintana.	<i>Valencia.</i>	M. Martinez de la Cruz
<i>Huelva.</i>	J. P. Osorno.	<i>Valladolid.</i>	T. Perez.
<i>Huesca.</i>	R. Guillen.	<i>Vich.</i>	I. Garcia, F. Navarro y J.
<i>Irun.</i>	R. Martinez.	<i>Vigo.</i>	Mariana y Sanz.
<i>Játiva.</i>	J. Perez Fluix á.	<i>Villanueva y Geitru.</i>	D. Jover y H. de Rodrigz
<i>Jerez.</i>	F. Alvarez de Sevilla.	<i>Vitoria.</i>	Soler, Hermanos.
<i>Las Palmas (Canarias).</i>	J. Urquía.	<i>Zafra.</i>	M. Fernandez Dios.
<i>Leon.</i>	Miñón Hermano.	<i>Zamora.</i>	L. Creus.
<i>Lérida.</i>	J. Sol é hijo.	<i>Zaragoza.</i>	J. Oquendo.
<i>Linares.</i>	J. M. Caro.		A. Oguet.
<i>Logroño.</i>	P. Brieiba.		V. Fuertes.
<i>Lorca.</i>	A. Gomez.		L. Ducassi, J. Comín y
			Comp. y V. de Heredia.

MADRID

Librerías de la VIUDA É HUOS DE CUESTA, y de MOYA y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Carmen, y de M. ESCRIBANO, calle del Príncipe.